

La Curación de las enfermedades mediante el poder del pensamiento

por

KATE ATKINSON BOEHME

Traducido del inglés por el Instituto de Ciencia Mental «Armonía» de Santiago - Chile.

2.^a EDICIÓN



IMPRENTA UNIVERSITARIA

— Estado 63 — Santiago —

1922

La Curación de las enfermedades mediante el poder del pensamiento

por

KATE ATKINSON BOEHME

Traducido del inglés por el Instituto de Ciencia Mental «Armonía» de Santiago - Chile.

2.ª EDICIÓN



IMPRENTA UNIVERSITARIA

— Estado 65 — Santiago —

1922

Es propiedad del Instituto
de Ciencia Mental



PRÓLOGO

El Instituto de Ciencia Mental «Armonía» inicia, con la traducción de la presente obra, su misión divulgadora de los principios que sustenta.

Ha escrito este libro la señora Kate Atkinson Boehme, residente en Washington, D. C., quien se dedica a la curación por medio de la Ciencia Mental, es editora de la Revista mensual «The Radiant Centre» y autora de varias obras consagradas a este género de estudios.

Nuestro propósito al reproducir en este país la obra de la señora Kate Atkinson Boehme, es al mismo tiempo humanitario y altruísta. Es humanitario, porque inviste necesariamente ese carácter todo esfuerzo, toda propaganda, toda disciplina, que tienda al alivio de las dolencias o sufrimientos de la humana estirpe. Es altruísta, por cuanto, al emprender esta tarea, no se persigue fin utilitario alguno, y sí

se propende a que toda persona, aún de mediana cultura, al recorrer sus páginas, reciba una especie de iniciación en los interesantes misterios de la Ciencia Mental, y pueda, antes de mucho, por poca diligencia, entusiasmo y atención que consagre a estos estudios, quedar habilitada para profundizarlos en forma tendiente al mayor bienestar y alivio de sus semejantes.

Una necesaria observación hemos de hacer, saliendo al encuentro de quienes pudieran imaginar que este género de estudios se halla en pugna con los actuales sistemas terapéuticos existentes, o los desestima. Consagrado el sistema nuestro a una medicación a la vez científica, racional e higiénica, que reconoce como base primordial el aprovechamiento, la utilización y aún la magnificación de las fuerzas vitales del individuo, para el restablecimiento de los desequilibrios producidos por la enfermedad, su misión no puede ser de rivalidad contra los sistemas ya establecidos, sino de cooperación humanitaria, dentro de los rumbos que se ha fijado y de ciertas normas de reconstitución psíquica y fisiológica.

Creemos inoficioso entrar en ulteriores detalles con respecto a estos rumbos, a estas normas y al sistema en general que constituye el fundamento de dichos estudios: en las páginas que siguen a este prólogo encontrará el lector plenamente satisfechos los deseos que al respecto pudiera abrigar.





LA CURACIÓN

DE LAS ENFERMEDADES MEDIANTE EL PODER DEL PENSAMIENTO

LECCIÓN I

Demos por sentado que no sabéis nada acerca de la curación de las enfermedades por medio de la Ciencia Mental y que habéis venido a preguntarme qué curación es esa y cómo se efectúa, pues no comprendéis cómo el pensamiento de una persona pueda tener efecto en el cuerpo de otra, si bien estáis dispuestos a admitir que vuestro pensamiento tiene influencia sobre vuestro propio cuerpo. Vosotros no discutís esto. Sabéis que vuestra mano se mueve en obediencia a vuestro pensamiento y que de igual modo obran los demás miembros de vuestro cuerpo.

Como esto os ha sucedido siempre y estáis tan habituados a ello, os parece el hecho más sencillo; pero en realidad es un procedimiento muy complejo y misterioso que, aunque lo reconozcamos, no nos lo podemos explicar. En efecto, ¿cómo es que el pensamiento puede influir sobre los nervios y músculos de nuestro cuerpo y producir el movimiento? Quién pudo ver jamás cómo el pensamiento así obraba sobre nervios y músculos? Hasta hoy a nadie ha sido dable el explicar este misterio, que sin embargo aceptamos como un hecho. ¿Hacemos esto porque así nos lo han enseñado los fisiólogos? Nó.—Lo sabemos por nuestra propia experiencia interior.

Por ejemplo: veo un libro sobre la mesa. Pienso que me agradaría examinarlo. Yo estoy consciente de ese pensamiento. En seguida, pienso que voy a tomarlo. También tengo consciencia de ese pensamiento. Después, tomo el libro, y sé,—o estoy consciente, que viene a ser lo mismo—de que el tomar este libro es el resultado de mi primer pensamiento: el deseo de ver el libro y de mi pensamiento segundo: que lo veré.

Sé que mi pensamiento en cierto modo ha hecho que mi mano se dirija hacia la mesa y que mis dedos tomen el libro y lo atraigan hacia mí. Centenares de nervios y de músculos han sido puestos en acción y sin embargo no sé cómo ello se ha verificado. Pueden haberme explicado cómo los músculos se contraen y se extienden; y hasta pueden hacerme ver cómo toda la red de nervios y de músculos del

cuerpo se halla gobernada por el pensamiento; pero esto no implica el *ver* cómo se efectúa esto.

Parecería, entonces, que esto hubiera de seguir siendo un misterio. Pero, ¿es esta una razón para negarlo? ¡En manera alguna! No sé de nadie que desconozca que el pensamiento gobierna al cuerpo; esto es: que *su* pensamiento gobierna a *su* propio cuerpo.

Doy entonces por sentado el que reconocéis esto; pero cuando os pido que deis un paso más y aceptéis el hecho de que mi pensamiento puede obrar sobre vuestro cuerpo, no me sorprende que mováis con incredulidad la cabeza y me digáis que ello no puede ser.

Pero, supongamos que os señale cien casos en que ello *ha sido*. Otra vez movéis la cabeza y decís: *coincidencia*.

Bien, yo estoy decidida a convencerlos, si es posible. ¿Cómo procederé? Quiero probaros que existe en la tierra un poder curativo más admirable que el concedido hasta hoy a las drogas u otros agentes terapéuticos. Todas las drogas o agentes curativos no han podido daros salud perfecta, y por eso este nuevo poder está llamando hoy a las puertas del mundo entero. Ha hecho más aún, ha entrado ya, pero no ha sido bien acogido por todos y ha sido rechazado por aquellos que más lo necesitaban, rechazado porque no han podido comprender, desde un punto de vista científico, cómo la fuerza del pensamiento puede dar los resultados curativos que para ella a justo título se reclaman.

Yo recuerdo muy bien cuánto me costó convencerme, en las primeras curaciones que hice, de que ellas fueran realizadas por virtud de mi pensamiento. ¡Parecíame aquello algo tan etéreo, tan impalpable! No podía imaginar que mi pensamiento emprendiera esa misión curativa, y sólo cuando ya veía el trabajo realizado tenía con él la comprobación de tal hecho. Aún entonces me sentía inclinada a pensar que era una simple coincidencia el que mejorara el enfermo cuando principiaba yo el tratamiento. Sólo después de muchas curaciones vine a desechar la idea de que el enfermo sanaba por mera casualidad. Finalmente, las coincidencias llegaron a ser tan numerosas que parecían constituir una verdadera ley puesta en acción; hasta que por último llegué a convencerme de que era en realidad mi pensamiento el que efectuaba las curaciones.

Mi fe en la transmisión del pensamiento de una persona a otra, veíase a menudo confirmada por medio de un sencillo experimento. Tal vez vosotros lo hayáis hecho y en caso contrario, os aconsejo que lo intentéis, porque es muy concluyente. Reunid a unos cuantos amigos; vendad la vista a uno de ellos y colocadle en el medio de la pieza, después de haberle mostrado una llave u otro objeto que deseéis que encuentre. Tomaos de las manos y rodead a esta persona pensando al mismo tiempo en la llave y en el sitio en que ha sido colocada. Al cabo de pocos momentos la persona que tiene la vista vendada se dirigirá, con paso lento e inseguro, hacia el

sitio donde está la llave y por último la encontrará.

He aquí la sensación del que tiene la vista vendada, tal como yo la experimenté: al principio sentí un verdadero vacío en mi mente; todo pensamiento parecía haberse desvanecido. Luego, al cabo de unos pocos segundos me sentí como empujada por manos invisibles en cierta dirección. Tan violenta era la inclinación de mi cuerpo en esa dirección, que me habría caído si no adelanto un pie para sostenerme. Después, otro impulso y otro paso adelante, hasta que gradualmente fuí acercándome a la silla donde había sido puesta la llave. Cuando llegué hasta dicha silla, en lugar de volverme o de caminar alrededor de ella, como podría haberlo hecho, todo mi cuerpo se descoyuntó, me incliné sobre la silla con los brazos caídos mecánicamente, hasta que una de mis manos tocó la llave. En otra ocasión la llave estaba colgada en la pared y al llegar yo a ésta, sentí deseo de estirar el brazo, lo hice, y tomé la llave que colgaba de un clavo.

Ahora bien, si la mente de las demás personas se hubiera puesto en contacto con mi mente, yo habría tenido una idea precisa acerca de la posición de la llave y probablemente habría pensado: la llave está sobre la silla; o bien, la llave está colgada en la pared; pero yo no tuve esa idea precisa. Aquel parecía ser más bien una especie de movimiento ciego, instintivo, del cual no me daba cuenta y me sentía impelida a moverme sin saber por qué. Por lo tanto, parecía como si el pensamiento de los demás hubiera

obrado directamente sobre mi cuerpo, sin pasar por intermedio de mi mente. Si efectivamente dicho pensamiento hubiera obrado sobre ella, habría quedado confirmado el hecho de la transmisión del pensamiento. La posición de la llave, habría sido transmitida a mi mente sin la palabra hablada y el pensamiento mismo debiera haber sido transmitido directamente, sin el acostumbrado medio del lenguaje.

La ley de la telepatía, o transmisión del pensamiento, se halla al presente aceptada por todos los hombres de ciencia del mundo entero. Pero quiero suponer que no sabéis eso, y que el tema es enteramente nuevo para vosotros; y en este caso tenéis a mano un experimento muy fácil de hacer. Probadlo y saldréis de dudas, pues la experiencia personal está más cerca de la convicción, o mejor dicho, la convicción no va nunca sin la experiencia personal.

Hay en París un hospital llamado La Salpêtrière, que es uno de los más grandes y antiguos allí establecidos, y ocupa una extensión de cuarenta y cinco manzanas. En este hospital casi todos los enfermos son curados por el poder del pensamiento, aunque los doctores de allí no llaman a esto curación mental, sino sugestión hipnótica, pero el agente es siempre la misma fuerza mental. Hacen allí algunas cosas originales, que apenas serían creíbles, si no fuera que la reputación de sus médicos y el prestigio del hospital justifica estas aseveraciones.

Ahora bien, la sugestión hipnótica se diferenci

de la curación mental en varios respectos, uno de los cuales voy a mencionar. En la sugestión hipnótica se cree necesario poner al paciente en un estado peculiar de sueño, llamado hipnosis, mientras que en la curación por medio del pensamiento, no juzgamos esencial ese requisito, pues lo consideramos un estado anormal o anti-natural y por lo tanto tratamos de evitarlo en lo posible.

Pero, permitidme deciros lo que se hace con aquellos pacientes en estado hipnótico. Se les pone una gota de agua fría sobre la piel, diciéndoseles que es aceite hirviendo, y a los pocos momentos esta gota de agua ha formado una ampolla. Ahora, ¿cómo creéis que se hace esto? Es un misterio, ¿verdad? Pero como ha sido hecho por doctores afamados y en un hospital acreditado, no lo podéis dudar.

También los doctores toman una mosca de milán, y la dividen en tres partes, colocando la primera sobre el brazo derecho de un paciente, la segunda sobre el izquierdo, y la tercera en el brazo de una persona *no* hipnotizada. Hecho esto, el doctor dice que el primer pedazo *no* producirá ampolla y no dice nada respecto del segundo y tercero, siendo el resultado, que en el brazo derecho no se produce la ampolla. Ellos llaman a esto sugestión negativa, lo cual quiere decir, que el poder de formar ampollas, ha sido quitado del primer pedazo de la mosca, lo que *no* ha sucedido con el segundo ni con el tercero. Digo que el poder de formar ampollas ha sido quitado al primer pedazo, pero tal vez será más correcto decir

que la piel del paciente ha sido hecha positiva contra ese pedazo. La mosca de milán se hace negativa a la piel del paciente, sin producir efecto en ella, aunque es un vegigatorio muy bueno y poderoso según ha podido verse por los efectos que han producido los pedazos segundo y tercero.

¡Qué poder más admirable éste, capaz de convertir una gota de agua pura en un irritante violento, y de hacer de un cáustico tan poderoso algo tan inofensivo como una estampilla de correos!

Podría mencionar muchos otros experimentos curiosos que se hacen, no sólo en la *Salpêtrière*, sino también en otros hospitales y por muchos médicos en sus clínicas privadas. El doctor Charcot, cuya prominente situación médica nadie puede poner en duda, empleaba mucho la sugestión hipnótica con preferencia a las drogas, y lo mismo hacen otros muchos doctores de los más distinguidos de la época presente.

Voy a reproducir ahora el siguiente editorial del «Sumario Médico» de Filadelfia:

«Un escritor popular ha dicho que la sugestión es el poder motor en el tratamiento de las enfermedades. Los médicos más experimentados emplean la sugestión continuamente con provecho para sus enfermos; igual cosa hacen los parientes y amigos de éstos, cuando a su cabecera les aseguran que tienen mejor semblante y que pronto mejorarán. Una palabra de consuelo, una sonrisa de aliento, les inspira confianza y esto también es sugestión. Los anillos

para el reumatismo, la curación magnética y la curación divina, tienen su base en la sugestión. Los dolores, el insomnio, la neuralgia, el reumatismo, el dolor de cabeza, etc., ceden a menudo a la sugestión. Si el médico, junto con la habilidad para dar el diagnóstico, posee la aptitud de aliviar algunas enfermedades tales como: dolores de cabeza, lumbago, ciática, los tormentos del reumatismo articular etc., sin la ayuda de calmantes de alquitrán o narcóticos, entonces el deber le impone la obligación de hacer uso de la mencionada aptitud.»

Esto nos demuestra la tendencia de los más avanzados y liberales miembros de la profesión médica, y por mi parte no me siento inclinada al antagonismo con ninguno de los que ejercen la mencionada profesión. ¿Qué importa si algunos médicos ignorantes se oponen al nuevo movimiento? Ellos no van a la vanguardia; son los otros, los estudiosos, los progresistas, quienes guían, los demás habrán de seguir sus pasos. Tengo en la lista de mis suscriptores a muchos médicos, quienes me escriben pidiéndome instrucciones; otros me envían sus enfermos para que los atienda; y aún hay algunos que siguen mi tratamiento, que reconocen la ineficacia de las drogas y me piden algo mejor. Un médico de Nueva York ha solicitado entrar en sociedad conmigo, y si se supiera bien la verdad de la cosas, se vería que los médicos no son tan contrarios a este sistema curativo, como vulgarmente se cree.

El mundo sigue adelantando y ningún conservan-

tismo puede detenerlo en su progreso. Un sistema cede su lugar a otro; ha aparecido distintas escuelas de medicina, las que han tenido su época, para desaparecer en seguida. La Ciencia Mental está ahora aquí en todo su apogeo, y cuando éste haya pasado, ella dejará su lugar a algo más avanzado, pero esto no es asunto nuestro. Mientras tengamos en nuestras manos algún poder para hacer el bien, es mejor que hagamos uso de él, sin buscar vagamente lo que haya de seguir. Cuando la curación por medio del Mentalismo esté en decadencia, ya tendremos tiempo de buscar algo mejor; y no está en decadencia, sino que camina valientemente hacia el zenit.

Cuando comprendáis que una gota de agua, al ser usada bajo sugestión hipnótica, puede formar una ampolla, ¿podéis dudar del poder del pensamiento sobre las secreciones del cuerpo? Más aún, la gota de agua ni siquiera es necesaria para el experimento, porque el pensamiento sólo basta para producir la ampolla, y así lo ha hecho mil veces. Por otra parte, el pensamiento sólo basta para impedir que se forme la ampolla y esto también se ha hecho.

El profesor William James, de la Universidad de Harvard, dice que la tumefacción puede ser producida por el pensamiento en cualquier parte del cuerpo. Aplicando este mismo principio en manera opuesta, puede hacerse desaparecer un tumor. El doctor Elmer Gates ha demostrado que la corriente circulatoria puede ser enviada a voluntad de un punto del cuerpo al otro por el sólo influjo del pensa-

miento y esto él os lo prueba sin lugar a dudas. Otros hombres de ciencia han hecho declaraciones tan sorprendentes como estas. No podemos mover la cabeza eternamente, ni dudar de todo y de todos. De ordinario se aceptan muchas cosas, por el testimonio de los químicos, astrónomos y naturalistas; y las pruebas a favor del poder del pensamiento en la curación de las enfermedades son igualmente convincentes, pues nadie que investigue el asunto a fondo puede conservar duda alguna. Creo que tal vez el mayor obstáculo con que tropezamos para creer que el pensamiento pueda pasar de una mente a otra, es porque parece no hubiera un agente material comunicante ni vehículo alguno de transmisión. Pero esto no es así; pues existe una materia sutilísima en forma de éter, por medio de la cual se transmite el pensamiento. Hay cosas que no pueden sernos reveladas por el simple intermedio de nuestros sentidos, aún cuando positivamente existan, y esta es una de ellas.

La electricidad existe en todo cuanto nos rodea, pero no nos damos cuenta del hecho, y hubo tiempo en que nos habría parecido imposible pudiera habérsela utilizado en tantas formas como al presente. Si Edison vive lo bastante, nos enseñará a encontrarla y a servirnos de ella, sin necesidad de grandes instalaciones, ni de pesadas maquinarias. Desde luego está descubriendo la manera de producir electricidad directamente del carbón, para que así hagamos correr nuestros automóviles, alumbremos nues-

tras casas y dispongamos en cualquier forma de la electricidad sin necesidad de máquinas ni dinamos. ¡Qué adelanto! pero esto nos está probando cómo el mundo progresa en el empleo de agentes más y más sutiles.

¿Quién hubiera podido pensar que estuviéramos hoy telegrafando sin hilos? Confieso que para mí es todavía una maravilla el considerar que colocando un transmisor en Washington y un receptor en Boston, se pueda enviar sin alambre un telegrama de un punto al otro, sin que se pierda en el camino. Pero llega; y lo mismo sucede con el pensamiento cuando lo envía un médico que esté en Washington a un paciente que se halle en Boston. El médico es el trasmisor, y el enfermo el receptor, yendo el mensaje directa y fielmente del uno al otro. Pero no sólo esta distancia recorre el pensamiento, sino que puede ir de Washington a Inglaterra, a Finlandia, a Sud-Africa, o a cualquiera otra parte en que se encuentre el enfermo. Puede una carta demorar algunas semanas en llegar a aquellos lugares, pero el pensamiento va en un instante, como una chispa eléctrica. Hemos descubierto un poder eléctrico mental y vivimos en un siglo de electricidad, en el cual están por verse aún más y más grandes maravillas.

En otra lección diré algo, de cómo el pensamiento gobierna las actividades involuntarias del cuerpo, los latidos del corazón, la circulación de la sangre, la digestión, etc.

Mientras tanto, medita en lo que os he dicho acerca del gran poder del pensamiento, y entonces os iréis preparando para admitir que haya siquiera la probabilidad de su transmisión de una mente a otra mente. Una vez que admitáis eso, ya no os parecerá ni ridículo, ni improbable el que pueda curar las enfermedades. Si creéis que el pensamiento es una fuerza que actúa sobre el cuerpo y también creéis que puede ser transmitido de una mente a otra o de una mente a otro cuerpo ya entonces me parece que no hay sino un paso para que también creáis que pueda, ora sea producir, ora curar las enfermedades.

¿Habéis notado que el pensamiento colérico de otra persona puede enfermaros, aun cuando no se haya cruzado ni una palabra? Esto demuestra claramente cómo el pensamiento puede producir enfermedades, así como hay otra clase de pensamiento, que puede restablecer la salud. De ella os hablaré más adelante.

LECCIÓN II

El pensamiento es una fuerza silenciosa que puede obrar sin el intermedio de la palabra hablada o escrita. El pensamiento de una mente puede actuar sobre el cuerpo de otra persona, ya sea para bien o para mal; puede sanar a esa persona o la puede en-

fermar. Puesto que existe semejante poder, bueno es saber algo acerca de él y de cómo debemos usarlo. Este conocimiento está a la disposición de quien lo quiera alcanzar, y vale tanto el investigarlo que me siento inclinada a decir que es: lo único necesario que debemos desear sobre todas las cosas.

Si quisiérais hacer correr una locomotora, lo primero que haríais sería iniciaros en el conocimiento de todas sus partes; aprenderíais su mecanismo y su modo de funcionar, pues de otra manera seríais un maquinista muy incompetente y correríais el riesgo de un accidente en el primer viaje. Y estos accidentes se sucederían hasta que supiérais más acerca de la máquina y su gobierno. Ahora bien, esto es precisamente lo que hemos estado haciendo; intentando hacer correr una máquina humana de la cual no sabemos casi nada, y en consecuencia, hemos tenido nuestros accidentes, los que llamamos enfermedades y nuestras máquinas han estado en compostura la mayor parte del tiempo. Por supuesto que el mecanismo de la máquina humana es mucho más complicado y difícil de entender que el de la máquina de hierro; pero también es posible aprender todo lo que sea necesario para saber tenerla bajo nuestro completo dominio. Esto, por supuesto, requiere tiempo, atención y perseverancia; los cuales nunca estarán mejor empleados y al consagrárselos no podríamos hacer cosa mejor.

¿Hay algún otro estudio con el cual se le pueda comparar? Afirmando que no. En verdad, este debe ser el primero de todos los estudios; pues sin salud, sin tranquilidad de ánimo, y sin la aptitud de dominar las circunstancias, ¿qué podemos llevar a cabo en cualquier asunto? Saber concentrar nuestros poderes y consagrarlos plenamente a la vocación que hayamos elegido, es hacer de nuestro trabajo un goce y no una penosa labor.

Estamos en situación análoga a la del hombre que quisiera hacer correr una máquina sin tener el suficiente conocimiento. El necesita hacer antes repetidos ensayos, y nosotros también. El tiene que buscar la fuerza motriz; nosotros también y, además, aprender a usarla y saber dirigirla. El tiene que adquirir la capacidad de aumentar esta fuerza motriz, e igual cosa debemos hacer nosotros.

Pero aquí termina la analogía; pues el poder de esa máquina tiene sus límites, mientras que el de la nuestra no los tiene.

Ví una vez a un niño, débil y delgado, que durante una semana entera había estado sin alimentos, realizar una hazaña, que habría hecho avergonzarse a un Sandow. Había sido hipnotizado en una sala de espectáculos y se le había tenido bajo la más estricta vigilancia durante los siete días de su ayuno; al cabo de este tiempo se le colocó sobre una silla y seis fornidos policiales le sujetaron en ella fuertemente. A una señal del hipnotizador, la frágil criatura se levantó y arrojó lejos de sí a estos

hombres fornidos, cual si fueran insectos que se hubieran posado sobre ella. Y bien, ¿de dónde le vino esa fuerza? Por cierto que no de su débil musculatura.

He presenciado muchos espectáculos de esta clase, los que me han llevado a la convicción de que en nuestro ser interno hay un gran depósito de fuerza, a la que tenemos acceso por medio de la mente y la cual podemos extraer por un esfuerzo de la voluntad, vaciándola, por decirlo así, sobre nuestros débiles músculos y fortificándolos en un instante. Una vez, ante la Sociedad de Investigaciones Psicológicas en Boston, ví a dos individuos hipnotizados, que personificaban a Bill Nye y a un orador político. El hipnotizador sugestionó al primero diciéndole que era Bill Nye, al otro le dijo que estaba en la tribuna haciendo uso de la palabra en interés de su candidato. El supuesto Bill Nye estuvo irresistiblemente divertido, su palabra fácil y elocuente se deslizó como la corriente ininterrumpida de un río hasta el fin de su largo discurso. El otro no lució menos en su papel, y lo que a mí me sorprendió más, fué el hecho de que ambos se demostraran tan excelentes oradores, pues el operador les insinuó apenas una ligera sugestión a cada uno para que la llevaran a efecto. Si el hipnotizador le hubiera sugerido al uno o al otro su discurso, palabra por palabra, habría necesitado ser él mismo un orador eximio; y a mayor abundamiento, el sugerir simultáneamente dos piezas de oratoria seme-

jantes hubiera patentizado una habilidad con mucho superior a la que me imagino pudiera él poscer.

Entonces, ¿cuál era la alternativa? Cada uno de esos oradores debe haber ido a buscar, y encontrado dentro de sí mismos, la fuente de la inspiración. De alguna manera inexplicable, la sugestión insinuada al primero, de que él era Bill Nye, debe de haberle puesto en contacto con la corriente de pensamientos de dicho personaje; en tanto que la sugestión insinuada al otro debe de haberle puesto en contacto con la corriente correspondiente.

Estos ejemplos, y muchos otros de igual naturaleza, me han hecho pensar que existe en nuestro ser interno un manantial inagotable, dentro del cual se contiene todo lo que nos es posible exteriorizar, ya sea en fuerza, vitalidad, salud, armonía, belleza, etc.; en fin, todo lo que pudiéramos imaginar o quisiéramos ser. Para ello nos basta ponernos en la debida actitud mental y extraer de allí todo lo que necesitamos.

Tomemos por ejemplo la locomotora: ahí está inmóvil en la línea, esperando el contacto de la mano del maquinista. El abre la válvula, y la máquina se desliza veloz, convertida en algo con vida y poder. ¿Es este un milagro? Nó, es una cosa muy corriente, y sin embargo es un asunto que está sujeto a leyes; un asunto de precisión científica y de la mayor importancia para nosotros, pues el poder o la vida que pone en movimiento nuestros cuerpos es generado en nosotros de manera exactamente

igual que en la máquina. Solamente necesitamos aprender a hacerlo. Por muy complicada que sea la maquinaria humana, no es tan difícil de entenderla y gobernarla como se cree.

Si tuviérais que manejar una locomotora, os economizaríais mucho trabajo y tiempo aceptando sin vacilar las instrucciones que os diera un maquinista experimentado; no os pondríais a discutir con él sobre eso, sino que os apresuraríais a hacer lo que él os indicara. El es capaz de manejar la máquina y de hacerlo satisfactoriamente; por lo tanto, es una persona competente a quien podéis consultar desde el principio. Después de un tiempo podréis tal vez perfeccionar su sistema y dar más ligereza a la máquina, pero por el momento sois incapaces de hacerlo y al intentarlo podríais causar una catástrofe. Poned en práctica sus indicaciones primero y después de algún tiempo lograréis llevar a cabo las vuestras.

Por la misma razón os pido que aceptéis mis indicaciones y obréis conforme a ellas, pues me han servido mucho en el manejo de mi locomotora y sé que también a vosotros han de seros útiles. Acaso necesitaréis algo adecuado para el arreglo particular de vuestra maquinaria, a fin de obtener de ella el mejor aprovechamiento posible, pero eso vendrá después, fácil y naturalmente, como resultado de vuestro pensamiento y de vuestra experiencia personal. Las locomotoras humanas, aun cuando difieren mucho en los detalles, están regidas todas por

el mismo principio general y es ese principio el que os estoy dando; el detalle es cuestión de vuestro propio esfuerzo. Los maquinistas de los ferrocarriles hacen uso del agua para producir vapor; en esto están todos de acuerdo, pues no hay quienes empleen, por ejemplo, el vinagre o la miel: todos emplean el agua. ¿Por qué? Porque es lo mejor para ese objeto; y porque para ello no sirven ni el vinagre ni la miel. Pero si tratáis de discutir el punto con un maquinista y le preguntáis por qué esos líquidos no son tan buenos como el agua, él con una mirada os dirá que os considera un tonto u os contestará bruscamente: «Haced la prueba y veréis».

El maquinista es hombre práctico, tiene buen sentido. No pierde su tiempo discutiendo lo que no sabe, como lo hacemos nosotros, sino que va directamente hacia un fin determinado y llega hasta donde se ha propuesto.

Vemos, pues, que el uso del agua en la locomotora obedece a un principio general,—algo que no se discute, sino que es de práctica corriente,—lo mismo ocurre con el principio general que os voy a señalar y que os pido aceptéis:

Para manejar la locomotora humana debéis, por decirlo así, abrir la llave a cierta corriente de pensamiento y esa corriente estará entonces, como está siempre, a vuestra disposición. Cuando oigo decir a algunas personas que no pueden gobernar su pensamiento, sé que no es así; sé que no han tenido constancia o que no han sabido tomar el verdadero rumbo.

Deseo también deciros otra cosa: y espero la aceptéis mientras tanto, hasta que podáis comprobarla personalmente, y es, que lo único que podrá servir os bien en vuestra locomotora es el AGUA de la VERDAD DIVINA, o sea, el PENSAMIENTO VERDADERO. Para seguir con nuestra comparación, supongamos que dais salida a corrientes de pensamiento que corresponden al vinagre o a la miel, pero esto sólo os produciría moho o atascamiento en vez de fuerza motriz.

Hay dentro de vosotros dos pensamientos respecto a vosotros mismos: un Pensamiento Verdadero y el otro Falso. Este último no es nada más que una ilusión y, sin embargo, mientras está en vuestra mente, os parece real, y actuáis conforme a él. Creéis que sois débil y obráis de acuerdo con esta idea; pero en realidad tenéis tanta fuerza como el niño hipnotizado que arrojó lejos de sí a seis policiales fornidos. ¿Cómo lo hizo? De la manera más sencilla: en el instante de la ocurrencia, tuvo la revelación plena de su verdadera fuerza. A menudo habréis oído este axioma: «Así como el hombre piensa en su corazón, así es él». Esto se aplica al caso presente. Ese niño se creyó fuerte y, en consecuencia, lo fué.

Este mismo principio se aplica a las enfermedades, cualquiera que sea su especie. Podéis tener alguna molestia interna y pensar que es cáncer. Si lo pensáis con la suficiente energía, se os convertirá en cáncer. Por la inversa, podéis estar sufriendo

actualmente de cáncer y si os hacen pensar hasta convenceros de que no lo tenéis, el cáncer desaparecerá.

Pero, ¿cómo se os podrá convencer de que no tenéis cáncer cuando existe en realidad? ¡Ah! pero, ¿es que realmente lo tenéis? Esa es la cuestión, pues todo depende de lo que creáis respecto a cuál es vuestro verdadero Yo. Si creéis que vuestro cuerpo físico sois vos, entonces no cabe duda alguna de que sufrís de cáncer. No lo negaré. Pero, lo que sí niego es que seáis vuestro cuerpo físico, y en cambio declaro que sois una entidad espiritual e inmortal sin principio ni fin, y que tiene el poder de revestirse de muchas distintas envolturas carnales a las que llamaréis cuerpo. Nadie sabe dentro de cuántas de estas envolturas habéis estado ya. Ni dentro de cuántas podréis estar en tiempos venideros. La que tenéis en la actualidad está cambiando continuamente y si ahora tiene un cáncer, no hay razón para que lo tenga dentro de tres meses. El tiempo necesario depende del dominio que tengáis sobre vuestro cuerpo.

Ahora, fijaos bien en esto: Cuando digo: **EL DOMINIO QUE TENÉIS SOBRE VUESTRO CUERPO**, ¿no os suena esto como si fuérais algo más elevado y superior a vuestro cuerpo? Si así no fuera, ¿cómo podríais gobernarlo? Mientras penséis que vosotros sois el cuerpo o que vuestros cuerpos sois vosotros mismos, no podréis pretender superioridad alguna sobre ninguno de sus estados o actividades, ni ser capaces de tenerlo bajo vuestro dominio.

Cuando afirmáis que no sufrís de cáncer estáis hablando la verdad, porque el Ego o el Yo, que sois vosotros, no puede tener cáncer ni ningún defecto o enfermedad. Mientras más profundicéis esta verdad, más positivo se hará vuestro pensamiento porque comprenderéis que SOIS EN VERDAD EL SER REAL y ya no estáis sujetos a la ilusión. La mente en su forma positiva está ahora PENSANDO LA VERDAD DIVINA, ENARDECIDA POR LA DIVINA ENERGÍA Y PUEDE SANAR VUESTRO CUERPO.

Y lo que es verdad con respecto a la curación de las enfermedades del cuerpo, lo es también con respecto a la curación de las enfermedades morales, pues destierra de la mente las angustias, inquietudes, penas, cansancios, desilusiones y demás males.

Aunque dentro de mí misma siento que al Yo o SER REAL no le alcanzan ni le afectan ninguna de estas cosas, me es difícil hacer que otros comprendan con claridad mi pensamiento. En el preciso instante en que discurría la mejor manera de expresarlo, llegó a mis manos la revista *El Humanitario*. En ella encontré el artículo siguiente de M. E. Carter, el que a mi juicio aclara más mi idea:

«Hace algunos años, cuando me encontraba en Greenacre, Elliot (E. E. U. U. de A.), ví un cuadro que me hizo profunda impresión. Había sido pintado por una joven idealista, de diez y nueve años y representaba una hermosa cabeza, cuya fisonomía era perfecta en forma y color, pero en los grandes ojos oscuros se notaba una expresión de descon-

tento y ansiedad y parecían mirar al espacio como buscando un algo inasequible. El rostro con toda su hermosura y vehemencia era indeciblemente triste. Junto a esta cabeza, con la mejilla casi rozándola, había otra, de la misma persona, cuyo rostro, perfecto en su serenidad, era un verdadero estudio de calma y de paz. Ambos eran hermosos, pero mientras el uno producía en el observador un sentimiento de angustia y zozobra, el otro no dejaba nada que desear. El cuadro se interpretaba por sí mismo. Allí estaba, en gráfico diseño, la eterna historia del ser humano que aun no ha despertado al conocimiento de su VERDADERO YO. Está triste, angustiado, deseando con vehemencia un algo que él mismo no puede definir... Sin darse cuenta de que su YO divino, el SER real, se encuentra tan estrechamente unido a él, esperando sólo ser reconocido. Tarde o temprano debemos conocer a este SER real que somos nosotros y de cuya presencia tenemos que aprender a darnos cuenta en cada momento de nuestra vida.

Ahora, si comenzáis a discutir y a negar la posibilidad de que haya dos personalidades, y os enredáis en una cantidad de perplejidades metafísicas, sereis como el hombre que pierde gran parte de su tiempo en averiguar si el vinagre o la miel podrán reemplazar el agua en una locomotora.

Buscad el YO real y si no lo encontráis, ni siquiera lo vislumbráis, ni sentís una conmoción vitalizadora de su presencia; si no experimentáis una calma

inmensa, mientras vuestras penas se desvanecen como el humo y vuestras enfermedades desaparecen, como en primavera las plumas viejas de un ave; si todo esto no sucede, y cosas aún mejores, entonces podréis volver a las discusiones metafísicas; pero opino que nunca necesitaréis ya volver a ellas, porque habréis encontrado algo inmensamente mejor. Habriéis encontrado la Realidad, en vez de tanta discusión teórica respecto de ella.

Os ayurá mucho el ejercicio de ver mentalmente el cuadro de que os acabo de hablar, con las dos personalidades tan bien representadas. La una, inquieta, triste, descontenta, angustiada, deseando con vehemencia algo que ella misma no puede definir... y la otra, perfecta en su serenidad, un estudio de calma y de paz. Y recordad que el Yo divino, ese Ser real, está muy cerca, muy cerca!

La pequeña personalidad, comparada con el Yo real, es como una ola en la superficie del océano. Se levanta, se afirma y en seguida busca otra vez su Origen y se unifica con él. Algunos escritores llaman a esto perder su identidad, yo creo que es encontrarla. La ola no se pierde cuando se funde en el océano, ¿acaso no aparece otra vez?

LECCIÓN III

En la lección anterior quise hablaros de la acción subconsciente, pero los preliminares para llegar a

este punto ocuparon tanto espacio, que decidí dejarlo para esta lección. Varios autores usan el término «subconsciente» de diferentes maneras; algunos llaman «subconsciente» lo que yo llamaría «superconsciente» o lo que Emerson designó «Alma Universal», como si dijéramos «Super-Alma».

El término subconsciente yo lo uso para indicar un poder mental que gobierna lo que generalmente se conoce por la acción involuntaria del cuerpo, como ser: los latidos del corazón, la circulación de la sangre, la digestión o cualquiera otra función que no dependa directamente de la voluntad o sea regida por ella. El andar es, en general, un acto subconsciente; pero la dirección que uno toma de ordinario depende de la voluntad, si bien sucede a menudo que cuando uno va diariamente en cierta dirección determinada parecería que los pies pudiesen dar vuelta las esquinas por su cuenta, mientras la mente está plenamente ocupada en otras cosas.

La mente subconsciente es un conjunto de costumbres, y de costumbres muy antiguas. Contrae hábitos de enfermedad, es decir, una parte de ella comienza a actuar en cierta dirección errada y sigue así, concluyendo por alterar la armonía general hasta que, o sucede algo para restablecerla, o bien todas las demás partes se amoldan a la acción irregular, estableciendo una especie de tregua entre ellas, convenio que hacen, nó por el mayor bienestar del conjunto, sino más bien por tener paz temporal.

Es muy sabido que los diferentes órganos de

nuestro cuerpo suelen cambiar de posición para dar lugar a algún otro que está fuera de su sitio y aun cuando pudieran llenar sus funciones mucho mejor estando en posición normal, es lo cierto que después de algunas protestas y quejas se consagran pasivamente al lleno de sus funciones en sus nuevos puestos, aunque siempre se conserve en ellos un sentimiento de desagrado. Rara vez se confabulan en franca rebelión; sencillamente se conducen de manera tal que hacen se sienta algo incómodo el dueño del cuerpo dentro del cual están encerrados. A este le hacen sentir que hay algo en su interior que no marcha como debiera y aun cuando no puede ver lo que ocurre, se da cuenta de que existe discordia en su vivienda carnal.

La parte subconsciente de la mente está en realidad subordinada a la parte consciente, pero tiene su modo de imponerse y de seguir por su cuenta, de la misma manera que de ordinario lo hacen todos los subordinados.

Un escritor ha dicho con cierto ingenio, que el organismo humano se sostiene gracias a que constantemente está refrenando a las fuerzas interiores que siempre tratan de escaparse y obtener su libertad. Y realmente parece que así fuera, pues tan luego como el Espíritu,—que es el que mantiene al cuerpo intacto,—lo abandona, se declara la anarquía más completa, pues cada átomo procura desligarse con la mayor ligereza posible del gobierno orgánico.

Tal vez sea una mera fantasía de mi parte, pero no puedo dejar de pensar que si tratáramos a estos átomos con mayor consideración, recibiríamos de ellos mejores y más gratos servicios; pero esto es sólo un pensamiento fugaz.

Hemos aceptado el hecho de que en cierto modo la economía física es regida con inteligencia, pero no hemos estado tan prontos para creer que la inteligencia reguladora habita en el interior del organismo mismo. Este es precisamente uno de los puntos más fuertes de nuestra filosofía curativa, y en prueba de ello, citaré uno de mis propios artículos a este respecto:

«El cuerpo es como un reloj al que se ha dado cuerda en el pasado y la muerte es el término de su acción mecánica. La conquista sobre la muerte consiste entonces, en dar cuerda a ese reloj y el procedimiento es sencillo un avez aprendido.

Veamos si esto es así: tiempo há, en la época primitiva de esta vida planetaria, esa pequeña forma protoplásmica que llamamos amoeba, sintió el deseo de alimentarse, e impulsada por ese deseo se movió en distintas direcciones, hasta encontrar el alimento que buscaba. Una vez en posesión de su alimento, envolvióse alrededor de él, absorbiendo toda la cantidad que le fué posible asimilar, y dejó libre el sobrante. A medida que iba transcurriendo el tiempo, su deseo fué haciéndose más y más intenso y mayor la necesidad de variar su alimento, de manera que entonces ya no soltó tan pronto su presa,

sino que se aferró a ella, procurando extraerle la mayor nutrición posible. Este ejercicio ocasionó al fin un decidido esfuerzo contráctil, que transformó la superficie, antes plana, del amoeba en algo semejante a un tubo—el primer núcleo del estómago. —Pero, este diminuto estómago no era capaz de digerir todo el alimento que recibía y es muy probable que hubiera sido víctima de una grave indigestión, sino hubiera eliminado a tiempo la porción que no le era posible asimilar y con este motivo formáronse los conductos y canales necesarios para que el líquido y las materias sobrantes pudieran salir del pequeño organismo que ya no las necesitaba. Estos conductos fueron los primitivos intestinos y riñones. Para suplir las otras necesidades se formaron entonces los ojos, las orejas, el corazón, los pulmones y demás órganos. Estos órganos deben su origen y desarrollo a la acción consciente del individuo que los desarrolla. No importa cuán inferior sea la forma de la vida de cualquier ser, si tiene algún conocimiento de los objetos externos y posee facultades conscientes, pues ser consciente, significa sencillamente saber; la palabra «consciente» se deriva del latín *consciens*, de *con* y *scire*, que significa saber. El amoeba era consciente, pues se daba cuenta de la proximidad de su presa; y tenía volición, puesto que hizo un esfuerzo de voluntad para apoderarse de ella. Obró entonces con volición consciente y de esta manera proyectó los órganos que desarrolló después.

Pero, como sus deseos aumentaran rápidamente, abandonó el gobierno de las primeras actividades establecidas, ya que en virtud de las leyes mecánicas podía hacerlo así. Si hacéis rodar una pelota, ésta, en virtud del impulso dado por vuestra mano, que es en este caso el agente de vuestra volición consciente, continuará rodando hasta que se agote la fuerza transmitida. De acuerdo con las mismas leyes, la acción mecánica que mediante la volición consciente, se estableció al principio en el cuerpo continúa también hasta que se agote la fuerza impulsiva que se le había dado.

De esta manera funcionan nuestros cuerpos, como el resultado de una acción establecida desde tiempo atrás. A medida que pasamos de la niñez a la ancianidad, más y más nos alejamos de la fuerza original impulsora, hasta que por fin el mecanismo decae en su funcionamiento, como sucedería con un reloj si le faltase la mano que le da cuerda. Pero así como un reloj puede renovar su acción, así también puede hacerlo el cuerpo humano y escapar de esta manera a la suspensión de sus actividades, o sea, a lo que llamamos muerte.

Lo que debemos aprender, entonces, es cómo dar cuerda al reloj y también cómo regularizar su maquinaria.»

Os diré cómo hacerlo.

La maquinaria en la mente subconsciente no es como la madera o el acero, y por consiguiente debéis arreglarla, por decirlo así, con diferentes herra-

mientas. Las herramientas que debéis usar son las palabras, ya sean pensadas o habladas. También podéis hacer uso de la emoción, que a veces no necesita en absoluto de palabras.

Si la gente comprendiese mejor estas cosas, sabría por qué un médico Mentalista dice a su enfermo, que está bueno y robusto, cuando es evidente que está débil y enfermo. Si la mente subconsciente no estuviese bajo el dominio de la mente consciente, semejante afirmación no le haría bien alguno; le produciría tanto efecto como el que causa una piedrecilla arrojada contra una muralla de granito.

El que en realidad produzca efecto es debido al hecho de que la mente subconsciente es una substancia inteligente, plástica y vibrante; y cuando es tocada por una **palabra** viva, actúa de acuerdo con esa **palabra**. Palabras *vivas* son las de salud, de éxito, de aliento, etc., y la mente subconsciente responde a ellas produciendo mejor circulación, mejores latidos del corazón, mejor acción muscular y nerviosa, mejor vista, mejor oído y mejor digestión.

Por el contrario, las palabras muertas, tales como: «¡Oh! estoy tan enfermo, soy tan desdichado, tan pobre, tengo tan mala suerte, y me siento tan desalentado!», etc., tienen un efecto deprimente, bajan el tono del sistema entero, y producen, en cada detalle, el efecto contrario al de las palabras vivas.

No sólo una vez en la historia del mundo la Palabra se ha hecho carne, sino que esto ocurre diariamente, a toda hora y en todo instante y feliz aquel que elija la Palabra viva.

Si yo os digo que estáis en buena salud, cuando creéis que os sentís tan enfermo, como es posible estarlo en vida, naturalmente os parecerá que la aseveración mía no tiene fundamento ni razón; pero no es así; ¿por qué?

Pues bien, no es sin fundamento, ni sin razón, por el hecho de que no estoy hablando de esa disposición de ánimo que constituye vuestro estado actual. Si por un momento os veo encolerizado, sabiendo que realmente sois una persona de carácter suave y tranquilo, ¿debo por eso consideraros como un grosero? ¿Tomaré ese estado efímero como si realmente fuese el habitual vuestro? Bien sabéis que nó.

Muy bien: vuestra enfermedad es igualmente un estado pasajero del cuerpo; y sostengo con firmeza, por que lo sé, que esa es la realidad con respecto a vuestro verdadero Yo.

Sabéis que a través de todos los estados de ánimo, de toda experiencia, y de todo cambio, existe en vosotros un Yo real. Sentís que esto es así.

Yo sé eso, y sé algo más, algo de mucha importancia para vosotros, algo que os ayudará a erguir la cabeza por sobre muchas aflicciones, enfermedades o desgracias; y es esto:

El YO REAL es un sinónimo de potencia, de perfección, de gloria, de luz.

Pero, ¿por qué encuentra dificultad para manifestarse un algo tan perfecto? Y si es tan grande y glorioso, ¿por qué ostenta todas estas cicatrices y

defectos, deformidades, penas y dolencias? Por la misma razón que una sombra circunda la Tierra, cuando las nubes se interponen entre ésta y el Sol. Sin embargo, el Sol sigue brillando.

Hay un estado en las facultades conscientes, que corresponde a la Tierra en sombra. En ese estado no vemos al YO REAL. No atraviesa las nubes. No puede manifestarse donde la atmósfera no es un buen conductor; pero continúa resplandeciendo, puro, sereno y perfecto.

Es difícil probar, en palabras, lo que el alma reconoce por verdadero; pero la verdad de que estoy más convencida, es de que el YO REAL INTERNO, es un centro irradiante de vida. Estoy convencida también de que este YO REAL, actuando sobre la mente consciente y por medio de ésta sobre la subconsciente, disipará las nubes de la enfermedad, de las molestias, de la pobreza, y de todo lo que desagrada, dejando sólo lo que es hermoso, bueno y grato; como verdadera manifestación corporal de un perfecto YO REAL.

En mi lección anterior, os pedí aceptáseis algunas de mis indicaciones, confiando tan sólo en mi palabra, no porque pretenda ser dogmática, sino porque sé que se pierde en argumentos metafísicos mucho tiempo que puede ser utilizado desde luego para fines prácticos. Cito otra vez el caso del hombre que quisiera ser maquinista y al cual, en el principio, le es indispensable actuar según las indicaciones de un maquinista experimentado.

Todo lo que os pido, lector, es que probéis el efecto que producen, sobre la mente subconsciente, ciertas palabras, por decirlo así, vigorosas, alentadoras, vivificantes. Aun cuando os encontréis en medio de pobreza, enfermedad y penas, afirmad lo contrario. Decid con toda la vehemencia que os sea posible: Soy rico, estoy bien, soy feliz. Repetidlo una y otra vez, aun cuando todo parezca desmentir vuestras palabras. Si hacéis esto con constancia, os aseguro con la certidumbre más absoluta, que las palabras que pronunciáis caerán en la mente subconsciente y se convertirán allí en un poder que dará favorable solución a todos vuestros problemas.

Si agregáis bicarbonato de soda a un ácido, lo neutralizaréis. Con arreglo a una ley tan cierta e inmutable como esta, podréis neutralizar, mediante afirmaciones positivas, los estados más amargos del ánimo, las dolencias más agudas del cuerpo y las contrariedades mayores del medio ambiente.

He comprobado esto una y mil veces en mi propia vida y también en la de otros; y sabiendo lo que este procedimiento ha realizado en favor mío y de los demás, os pido que comprobéis, vosotros también, lo que puede realizar en favor vuestro.

Sólo requerirá un esfuerzo persistente de vuestra parte, y ese esfuerzo será benéfico para vosotros. Por lo tanto, nada perdéis ni arriesgáis intentándolo; y en cambio tenéis tanto, tanto que ganar.



LECCIÓN IV

En una lección anterior hemos tratado de la mente subconsciente y sus procedimientos; en ésta os diré algo más acerca de ella, porque es un factor importantísimo para producir o curar las enfermedades. A la mayor parte de las personas, el término «mente subconsciente» les da una idea muy incompleta de su significación; y hasta hay psicólogos que saben muy poco a este respecto; pero nosotros sabemos, o por lo menos, reflexionando un poco, llegamos a la conclusión, de que hay actividades mentales que parecen actuar sin nuestra volición directa, o sin que nos demos cuenta de que están actuando.

Cuando erais pequeños y recién aprendíais a andar teníais que contrapesaros con muchísimo cuidado en un pie, mientras levantábais el otro para dar un paso adelante. Algunas veces conseguíais mantener el equilibrio, pero después de muchas pruebas, os fué siendo más fácil, y pronto pudísteis andar; pero entonces, aun no podíais correr o jugar al salto. Esto, sólo pudísteis hacerlo después. El primer esfuerzo para andar os condujo poco a poco a estos esfuerzos posteriores. Entre tanto el primer esfuerzo se había convertido en un hábito, en algo que podía hacerse sin cuidado ni vigilancia constante.

Ahora podéis andar, y pensar en otra cosa al mismo tiempo. Si vais todos los días a vuestra ocupación por el mismo camino, después de un tiempo ya no necesitaréis pensar en el rumbo que debéis tomar, pues inconscientemente volveréis las esquinas, llegando por último a vuestra oficina casi sin daros cuenta. Posiblemente, durante el trayecto, habréis estado abstraídos en pensamientos profundos. Vuestro andar, como mera actividad muscular, era subconsciente y aquello que dirigía vuestros pasos en cierta dirección era también subconsciente.

La vida es un conjunto de estas actividades subconscientes. Tienen su origen en la mente consciente y pasan de allí a la subconsciente. El profesor James, de la Universidad de Harvard, en su «Psicología», dice: «que el arte sería imposible si no fuera por estos procedimientos subconscientes». Y podéis ver por vosotros mismos que esto es así, pues si la mente consciente tuviera que estar ocupada constantemente en cada uno de los detalles que al principio tuvo que adquirir con sumo cuidado y precisión, los pintores, por ejemplo, jamás podrían dar a sus telas, líneas verdaderamente audaces, ni armoniosos contornos. Todo sería constreñido y forzado como la caligrafía de un niño. Las pinceladas libres y correctas son el resultado de la atención que se haya dado a los primeros detalles.

Y lo que es verdad respecto a la mente subconsciente en el estudio del arte, lo es también en cual-

quier otro estudio, aun en el de mejorar nuestras condiciones físicas y mentales.

A este respecto, quiero demostraros, con la mayor claridad posible, cómo los pensamientos de salud producen salud, y los pensamientos de éxito procuran éxito. Al decir esto, me refiero a los pensamientos concentrados en la mente en forma de afirmación.

Por ejemplo, en nuestro «Centro de Éxito», formado por algunos de mis amigos, que creen, como yo, que el hombre tiene su centro en la Divinidad, que continuamente está irradiando desde ese centro, nosotros expresamos nuestra creencia por medio de esta fórmula:

«Internamente, estoy en comunión íntima y constante con el inagotable océano de Amor y Poder Divino. Soy uno con El, pues de El procedo. Por la actuación de este Poder siempre obtendré éxito en todas mis empresas.»

Ahora bien, ¿cuál es la ventaja de persistir en este pensamiento día tras día y mes tras mes? Y qué significa? Es esto algo de sobrenatural, algo de magia o brujería?

Os diré lo que es: El cumplimiento sano, sencillo y perfectamente natural de una ley mental; la ley que he procurado explicaros; ley merced a la cual un pensamiento mantenido con persistencia en la mente consciente desciende por fin al área subconsciente y establece allí una actividad.

En mi niñez, cuando empecé a estudiar piano,

fuí una discípula impaciente. No podía comprender por qué se me obligaba a estudiar escalas y arpeggios, cuando parecíame que podría aprender a ejecutarlos de la misma manera si los encontrara en cualquiera pieza de música. Al hacerle esta objeción a mi profesor, me respondió: «Debéis conseguir que estos ejercicios pasen a ser un hábito, de modo que los podáis ejecutar, como si dijéramos, inconscientemente, para que después, cuando tenzáis que atender a otros accidentes musicales, podáis hacerlo sin necesidad de prestar atención a los detalles de la técnica». Más tarde pude apreciar la utilidad de este consejo, aunque en aquel tiempo no lo comprendí.

Si deseáis gozar de buena salud y llevar con vosotros el aura magnética de dulzura, bondad y poder, en otras palabras, si deseáis ser, por decirlo así, un «éxito irradiante», resplandeciendo con la alegría del que ha realizado su pleno deseo, lo que debéis hacer, es mantener en la mente los pensamientos que hagan posible su realización. Un pensamiento pasajero tendrá muy poco efecto para convertirnos en el ideal que anheláis ser; pero un pensamiento sostenido con persistencia, tenacidad y firmeza se convierte con el tiempo en una parte de vosotros mismos. Si el pensamiento es elevado y noble, la mente subconsciente actúa al unísono con la verdad y la nobleza; si el pensamiento es mezquino y bajo, la mente subconsciente actúa también de acuerdo con él. A medida que la mente actúa de

acuerdo con el pensamiento, va dejando huella de esta operación, ya sea en la mirada, ya en un movimiento de cabeza, en un ademán de las manos, en el tono de la voz y en muchos otros detalles de la personalidad.

Al mismo tiempo, la mente subconsciente está reconstituyendo vuestras condiciones físicas de acuerdo con vuestro pensamiento. Lo hace tan silenciosamente, tan en secreto, que no os dais cuenta de ello. Comprenderéis mejor de qué manera puede ocurrir esto, cuando observéis que podéis estar tan profundamente absortos en el pensamiento que os ocupa, que no os deis cuenta de que realmente estáis pensando. Sólo recobráis la conciencia de esto o como vulgarmente se dice, «volvéis en vosotros» cuando llegáis al final de vuestra larga meditación. Estábais trabajando con vuestra mente, y sin embargo, ella no tenía conciencia a la sazón de su propio trabajo interno.

Es más o menos de igual manera, cómo la mente subconsciente ejercita sus actividades, sin que nosotros tengamos consciencia de ello. Alcanza, también, hasta muy lejos y se extiende, sin nuestro conocimiento, más allá de los límites, que, en nuestra ignorancia, le hemos fijado; y de este modo trabaja para nuestro bien o para nuestro mal, según sea la naturaleza del pensamiento que pongamos en actividad.

Veamos ahora de qué modo puede sernos útil la fórmula de nuestro «Centro de Éxito», para con-

seguir estados más satisfactorios de la mente, del cuerpo y del medio ambiente.

En primer lugar, decimos: «Internamente, estoy en comunión íntima y constante con el inagotable océano de Amor y Poder Divino. Soy uno con El, pues de El procedo». Esto implica que las limitaciones no existen, que al hombre no se le puede considerar ya como una entidad pequeña y aislada, creada en un tiempo sin que le sea posible reconstituirse; en vez de esto sostiene que el hombre es una vida que fluye constantemente del Eterno. Significa que sus células pueden ser reconstituídas continuamente, en cada día y en cada momento. Significa que así como el océano de Poder Divino es inagotable, la vida o poder del hombre también lo es. Esta afirmación destierra de la mente la antigua idea de limitación, llevándola hasta la conciencia de su libertad. Nos hace respirar más libremente y comprender cuán ilimitado es nuestro campo de acción.

Repitiendo esto una o dos veces, no cambiaréis del todo vuestros hábitos mentales, pero haciéndolo día a día y mes a mes, vuestra mentalidad se renovará por completo. La mente subconsciente se apoderará entonces del nuevo hábito mental, el cual penetrará todos vuestros tejidos, produciéndose cambios y mejoramientos en todo el organismo. Y no sólo esto, sino que la mente subconsciente, que trabaja, como hemos visto, en grandes extensiones completamente ignoradas de la mente

consciente, empezará a exteriorizarse, a abrir puertas, por decirlo así, y crear oportunidades, a fin de que el ser en evolución tenga campo para manifestarse. Cuando la sensación de limitación desaparece, el germen del poder dentro del alma humana está pronto para manifestarse en el mundo exterior. La mente consciente siembra la semilla (de la afirmación) en el terreno de la mente subconsciente y ahí se desarrolla. Esta semilla, que es el pensamiento de libertad, de vida continuamente renovada, produce condignos frutos.

Continuemos ahora con la otra parte de la afirmación: «Por la actuación de este Poder siempre obtendré éxito en todas mis empresas».

Esto casi no necesita explicación, porque es lógico; si el hombre es una continua emanación de vida y poder, debe obtener éxito en todo cuanto emprenda. Como a menudo he dicho: «el solo hecho de estar aquí, el solo hecho de vivir, ya constituye un éxito. Hasta donde alcance en sus expectativas aunque no sea muy lejos, esto ya es una hazaña. Puede ser su vida una especie de éxito negativo, de la misma manera que veinte grados Fahrenheit no son sesenta, y, sin embargo, el veinte no es el cero».

Hay algunas leyes mentales extraordinarias, que sólo ahora estamos empezando a conocer. Una de estas leyes es la siguiente: «Podemos ser lo que deseamos ser»; y la otra: «Nos convertimos en lo que deseamos ser, afirmando que ya somos aquello que anhelamos». Esta última aserción parece contradecir-

cirse, ¿no es así? Cómo puede uno desear ser lo que ya es, o cómo puede uno ser ya lo que desea ser?

Contradictorio como parece esto a primera vista, no lo es cuando se comprende su verdadero significado. «Lo que sois» se refiere a vuestro ser potente no exteriorizado, mientras que «lo que deseáis ser» se refiere al ser tal como quisierais y podéis serlo.

Tenéis en vosotros el poder de ser grandes en cualquiera orientación de la vida, de sobresalir en cualquiera profesión especial, o en algo para lo cual poseáis aptitudes especiales; y todo esto lo tenéis ya; como si fuerais el botón de una flor que espera su desarrollo. Eso es «lo que sois»; el desarrollo del botón al convertirse en flor, «lo que deseáis ser». ¿No es esto bien claro?

De modo que podéis afirmar con perfecta verdad, que sois lo que deseáis ser, y esta afirmación causa en vosotros el mismo efecto que el producido por el Sol sobre la semilla oculta en la Tierra. El Sol la invita a salir y ella sale; pero no en su anterior forma de obscura semilla, sino convertida en un nuevo ser.

Por medio de la afirmación, podéis seguir construyendo y reconstruyendo nuevamente vuestra vida, y modificándola hasta alcanzar vuestros más altos ideales. Tened ánimo, entonces, puesto que el remedio para todos estos males está dentro de vosotros y en vosotros, porque vosotros estáis en Dios.



LECCION V

Existe una gran fuente de la cual extraemos nuestros pensamientos. Es tan vasta como la humanidad misma y está a la disposición de cada uno de nosotros. Emerson la llamaba «El Alma Universal o la Super-Alma», y tal vez no podría dársele mejor nombre; pero a fin de evitar confusión, yo la llamaré «Mente Super-Consciente». La llamo así porque deseo demostraros lo que a mi juicio constituye la diferencia que existe entre la Mente Super-Consciente y la Subconsciente.

Esta es una tarea algo difícil, especialmente cuando nadie sabe lo que es la Mente Super-Consciente. Pero en cuanto a eso, también estamos casi tan a oscuras con respecto a la mente Consciente y Subconsciente, aunque por la observación y la experiencia, sabemos algo respecto a su modo de actuar.

Pero la Mente Super-Consciente no sabemos ni siquiera si tiene acción. Algunos ocultistas dicen que no la tiene, porque esta Mente es el mundo potencial no exteriorizado, en contraposición al mundo manifestado o exteriorizado.

No me desviaré, sin embargo, a ningún campo de argumentación teórica, pues he llegado a la conclusión de que un asunto de esta índole, puede ser discutido eternamente, sin llegar jamás a ningún resultado práctico.

A lo que queremos llegar es a esto: ¿existe una *Mente Super-Consciente*? Si es así, ¿en qué relación nos encontramos con respecto a ella? Si esta es una fuente de la cual podemos extraer algo, ¿qué es lo que podemos extraer y de qué manera?

Un pensamiento se os viene a la mente, ¿de dónde procede? ¿De alguna otra mente? Es muy posible. Pero ¿dónde tuvo su origen? Una moneda, en el curso de su circulación, puede pasar de una mano a otra, pero tuvo su origen en la Casa de Moneda; anteriormente vino de una mina, y en algún tiempo debe de haber existido en forma de éter; pero de todos modos el hecho es que aquí está en circulación. Yo tengo una moneda en la mano. Me llegó de otra mano y sin embargo, esa otra mano no la hizo; la pasó sencillamente. De igual manera, nuestros pensamientos pasan de uno a otro, pero eso no nos explica su origen. ¿De dónde vinieron al principio?

Vienen de la *Mente Super-Consciente*. Lo que ellos son antes de llegar a la *Mente Consciente*, no lo sabemos, ni tampoco nos importa; lo único importante es que estos pensamientos nos llegan y que demuestran ser los adecuados para elaborar nuestra salud y nuestra felicidad.

Deseamos tener a nuestra disposición, algo que mantenga en función ordenada esta maquinaria que es nuestra vida, o sea nuestro cuerpo, y la haga marchar, como si dijéramos, alegremente, en vez de hacerlo rechinando y refunfuñando hasta concluir por detenerse completamente.

Hemos alcanzado un grado de inteligencia tal, que ya sabemos muy bien lo que deseamos extraer de esta fuente, pero nos asiste la duda acerca de si podemos hacerlo. La duda paraliza nuestros esfuerzos, y entonces no tratamos de obtener lo que deseamos. Sabemos que el pensamiento afluye a nuestras mentes en una corriente continua, pero nos parece que viniera de cualquier manera, sin obedecer a ley alguna.

¡Ah! esa es precisamente la equivocación en que hemos incurrido, pues hay una ley a este respecto. Cada pensamiento que nos viene es atraído tan infaliblemente como un átomo químico atrae a otro.

Un pensamiento es atraído a la mente, porque hay algo en ella con lo cual él está relacionado y ese algo es lo que lo atrae. No retrocederemos a buscar más atrás, algún posible origen para averiguar cómo llegó a la mente ese primer algo que atrajo al segundo algo, porque eso sería hacernos demasiado metafísicos. Sería como preguntar por qué vosotros sois vosotros y no alguna otra persona, y como diría Sothorn, esa es una de las cosas que nadie puede aclarar.

Principiemos, pues, desde el punto en donde nos encontramos, con la mente tal como está, y veamos lo que ella hace con la fuente Super-Consciente y su contenido.

Ella extrae de esa fuente lo que es atraído a ella por ley.

Si el pensamiento es sobre arte, entonces extrae

lo que se relaciona con el arte; si es sobre música, extrae lo que se refiere a la música, y así con lo demás. Sea cual fuere el asunto a que nos queramos dedicar, si concentramos en él nuestro pensamiento, extraeremos continuamente nuevas reservas de la **Mente Super-Consciente**.

La idea antigua era, que cada persona tenía cierta dosis de talento o genio, y que más allá de ese límite no podía pasar.

La nueva idea, ¡bendita sea! es de que no existe tan mezquina restricción, sino que hay, como si dijéramos, un gran excedente sobre esa medida, el cual suele quedar para siempre no utilizado por la persona que lo desea.

No; la idea de la limitación ha sido eliminada; y ya el hombre va conociendo, que tiene ante sí abiertas las puertas de esa **Reserva Infinita**.

Cuando oigo decir: «El deseo de mi vida entera ha sido el llegar a ser artista, pero ya estoy muy viejo para empezar a estudiar», recuerdo a mi madre, que comenzó a estudiar cuando bordeaba los cincuenta años y llegó a ser una espléndida artista a la edad de sesenta.

Si deseáis intensamente realizar cualquiera empresa, sabed que podéis hacerlo, no importa qué edad tengáis, ni cuán deprimida sea vuestra situación.

Si el deseo de vuestro corazón es tener aptitudes para curar a los enfermos, eso está indicando que existe dentro de vosotros el oculto poder de hacerlo.

Bastará entonces que abráis vuestra mente a la influencia Super-Consciente y dejéis que afluya a vosotros lo que con vosotros armoniza y que pondrá de manifiesto vuestro poder.

Estamos siempre en comunión constante con la Mente Super-Consciente, pero podemos aumentar nuestra receptividad por un esfuerzo de la voluntad, mediante el deseo de hacernos más receptivos. Por un esfuerzo de la voluntad también podemos excluir de la mente todo cuanto sea extraño a nuestros propósitos o no tenga afinidad con ellos, de la misma manera que en un jardín, arrancaríamos todo aquello que no quisiéramos cultivar.

El pensamiento curativo desciende de la Mente Super-Consciente, y de aquí el poder de estas bellas palabras: «He aquí cómo el poder curativo emana de nuestro Ser Interno, yendo a refrescar el cerebro enardecido, y llevando la calma a los nervios excitados».

Si estáis bajo el peso de un dolor intenso, ya sea físico o moral, repetid esas palabras, deseando con vehemencia que el poder curativo descienda sobre vosotros. Y en seguida esperad, esperad con toda fe, que así ha de ocurrir. Y cuando haya llegado, sentiréis como si un ligero rocío cayera suavemente sobre vuestro afiebrado cerebro, y vuestro sistema nervioso disfrutará de una paz indescriptible.

Eso es lo que sé por repetidas experiencias personales. Mis lectores pueden comprobarlo por sí mismos, ensayándolo personalmente también.

A mi juicio, la Mente Super-Consciente es el reino de lo Divino. ¿Cómo es, preguntaráis entonces, que de esa pura fuente suelen venirnos pensamientos de impaciencia, de odio, de impureza? No nos vienen de ahí. Cuando una moneda, nueva y brillante, sale de la Casa de Moneda, es muy distinta esa misma moneda después que ha estado por mucho tiempo en circulación y se ha desgastado y manchado. Cuando recibamos uno de estos pensamientos ya trillados, podremos estar ciertos de que ha estado mucho tiempo en circulación; tanto tiempo, que tal vez ya no tenga valor alguno. Ya no lleva el sello que le dió su valer; todo eso ya ha sido desfigurado y gastado. Detengamos, pues, su circulación y vamos directamente a la Casa de Moneda, a buscar dinero nuevo.

Pero la analogía es imperfecta y no he de seguirla. Ningún signo material puede transmitirnos la idea de lo que significa el hecho de abrir la mente a la influencia Super-Consciente. Ello significará, desde luego, para vosotros, frescura, riqueza y plenitud de pensamiento. Significará, también, una gran abundancia de nuevos propósitos. Significará, además, un aumento muy grande de vigor ¡oh! ello significará, en resumen, todo lo que hay de bueno y delicioso, amigos míos.

Si de este modo llegáis a veros como reconstituidos y regenerados, no podréis permanecer por más tiempo ni enfermos, ni pobres, ni desgraciados.

Desde que descubrí esta verdad y la puse en

práctica en mi vida, he perdido el interés por las argumentaciones metafísicas. Ahora sé que bien podéis entrar en permanentes disquisiciones metafísicas, sin encontrar en ello salud ni felicidad; creo más bien que, por el contrario, ellas tienden a alejaros de esos bienes para siempre.

Concentrad todos vuestros poderes en el sólo esfuerzo de extraer todo lo que necesitáis de esta única Fuente o Reserva. Ella existe dentro de vosotros y también sobre vosotros, en lo alto; por lo menos así parece, porque esa es la dirección que toma vuestra mente cuando pensáis en la mencionada Reserva. Orad, si lo queréis, ¿por qué no? Acaso no es la oración «el deseo sincero del alma, mental o vocal»?

Quando deseáis algo en el mundo material, extendéis la mano para tomarlo; pero en el mundo mental, no podéis hacer esto. Ahí alcanzáis lo que apetecéis, mediante vuestro simple deseo, el cual aún cuando sea impalpable, no por eso es menos eficaz y real que la mano en lo material, sino más aún.

Es el bien únicamente lo que en vuestro Ser íntimo vosotros deseáis. Si queréis otra cosa, ello implica tan solo un error de vuestra inteligencia que pronto será corregido. Deseáis solamente el bien, y este existe para vosotros en el Reino de la Super-Consciencia. Hay una puerta abierta entre Este y vuestra mente, podéis entrar y salir a voluntad, extrayendo de ahí lo que deseáis; siendo esto así, ¿cómo podéis consideraros enfermos, pobres, y desgra-

ciados, teniendo a vuestro alcance los más ricos tesoros de la vida? No os arrastréis lamentándoos como un mendigo, sino que levantaos, vestíos de púrpura y oro, pues son príncipes todos los que entran al Reino de la Mente Super-Consciente.



LECCIÓN VI

Cuando alguien me pregunta cómo se efectúa la curación mediante el poder del pensamiento, encuentro tan difícil la respuesta como si se me preguntara de qué manera se ejecuta la Sonata Patética de Beethoven. Ambas operaciones constituyen un conjunto formado de pequeños detalles, colocados en sucesión ordenada; y en el esfuerzo que hacemos para discernir cómo se efectúan dichas operaciones, y lo que significan, tenemos que hacer el análisis de sus detalles.

En la curación por la Ciencia Mental, estos detalles son estados mentales que se suceden uno tras otro, hasta llegar a aquel que pueda producir la vibración curativa. Ahora voy a bosquejar algunos de estos estados, que al efecto he tomado de mi propio Ser interno; y observad que voy a deciros cómo curo *yo* a mis pacientes y *nó* cómo lo hacen otros. No pretendo responder por la profesión en conjunto, ni por ninguna de sus ramificaciones, sino simplemente por mí misma.

Hay un conocimiento que precede a la experiencia, el que llamamos intuitivo o trascendental; y subsiste el mismo conocimiento, después de demostrado y hecho práctico por la experiencia personal. Este último es el que deseo daros en estas lecciones y para poderos transmitir mi propia experiencia desde el principio, comenzaré desde el tiempo en que por vez primera oí hablar de estas curaciones mediante el poder del pensamiento.

Fué en Chicago, en la época en que el movimiento Eddy (La Ciencia Cristiana) estaba recién dándose a conocer. Muchos de mis amigos sentían interés por dicho movimiento, pero yo era del todo ajena a él, aun cuando mi estado tanto físico como moral, era a la sazón lastimoso. Un día una de las adherentes a la Ciencia Cristiana tomaba el té, en la pensión donde yo vivía, y mientras ella aprovechaba la oportunidad para tratar de convertir a todos a sus ideales, yo permanecía en un desdeñoso silencio. Creo que convenció a algunos, pero en mí sólo produjo un sentimiento de profundo antagonismo. Una o dos veces se encontraron nuestros ojos; en su mirar, vago y frío, no advertí ni siquiera un rayo de interés humanitario. Sus ojos no revelaban profundidad alguna y después se me dijo que ese era el efecto que producía el apartarse por completo de la ilusión de «La Mente Mortal» y unificarse con la «Mente Divina». Al decir esto, no pretendo censurar a la Ciencia Cristiana, sino demostrar que algunos de sus discípulos yerran en la aplicación

de sus principios. Como he dicho, su mirada y la mía se encontraron; pero, por mi parte, no sostuve la mía un momento. No quise sostenerla, pues ello me producía un estremecimiento tan desagradable que pensé habría sido para mí preferible morir antes de que hubiera de restituirme la salud lo que se ocultaba en el fondo de aquellos ojos.

También miré con escrupulosidad su cabello blanco como la nieve y sus arrugas, sin estar lo bastante imbuída en los principios de la Ciencia Cristiana para comprender que esa señora empezaba a dar sus primeros pasos en la senda que conduce a la Manifestación Divina. Había en sus palabras tan violenta contradicción con su aspecto, que yo realmente creí que la pobre no estaba en su sano juicio; pero el incidente me impresionó y fué de alguna utilidad para mi experiencia, algunos años después, cuando llegué a interesarme en el estudio de la curación por medio de la Ciencia Mental. Recordé entonces la mirada de ultratumba, por decirlo así, de esos ojos, y determiné no apartarme nunca tanto de lo humano, hasta el extremo de quedar desprovista de todo sentimiento humanitario. Esto naturalmente me llevó al otro extremo y me dejé llevar tanto de la compasión, que al cabo de cierto tiempo quedé extenuada; a medida que mis enfermos aumentaban de peso y mejoraban de color, yo me adelgazaba y palidecía. Entonces comprendí mi error, y poco a poco fuí aprendiendo la manera de poder dar mi amor y mi simpatía a los que sufren; si bien,

por otra parte, mi inteligencia me permitió luego discernir con claridad la naturaleza ilusoria del sufrimiento y que éste no afecta al verdadero ser.

Volviendo al incidente de Chicago: ese fué con seguridad uno de los detalles necesarios a la formación de un estado de consciencia que me puso en aptitud de curar, mediante el poder del pensamiento. Pero, en su origen, yo lo consideré simplemente como un incidente desagradable. Ahora, al mirar hacia atrás, significa para mí muchísimo más, pues fué en realidad mi primera lección en el tratamiento de las enfermedades por la Ciencia Mental, aunque a la sazón yo no me diera cuenta de ello.

Transcurrió el tiempo, y mi salud fué de mal en peor, hasta que, habiéndose agotado todo otro recurso, me persuadieron de que debía someterme a un tratamiento por la Ciencia Mental. Lentamente, muy lentamente, recuperé mi salud y vigor. Entonces, mi interés por este asunto se despertó plenamente y determiné hacer un estudio serio al respecto. Muy luego la observación me demostró que la curación no estaba restringida a una escuela o a un método, de lo cual deduje que debía haber un principio fundamental y general para todos. ¿Qué principio era ese? Cómo podría descubrirlo? Seguí estudiando más y más, esperanzada siempre y segura del resultado, aun cuando a menudo me confundía el caótico enjambre de explicaciones de los diferentes maestros.

Me dediqué a la Teosofía, no por su valor tera-

péutico, sino por su exposición de leyes ocultas. En seguida me dediqué al Hipnotismo, Sugestión Mental, Curación por la Fe, Curación mediante el Cristianismo, Ciencia Divina, Ciencia Cristiana, Ciencia Mental y en verdad, a todo aquello que tuviera alguna relación con mi único tema de preocupación. Tan grande era mi entusiasmo, que los días se me hacían cortos para mi objeto, y ocupaba las largas horas de la noche en la prosecución de mis estudios; y cosa singular, encontraba que las horas de vigilia me daban más reposo que las del sueño.

Por último llegó una noche, que jamás olvidaré, pues me trajo una experiencia nueva y maravillosa. Estando perfectamente despierta y mientras mi mente se concentraba en un problema, me encontré repentinamente de pie en el medio de mi aposento, dentro de lo que me parecía sustancialmente mi cuerpo real, mientras mi cuerpo físico permanecía tendido en la cama. Estaba con los brazos caídos y al levantarlos y cruzarlos, sentí la resistencia de mi cuerpo y la presión de aquellos contra él, y pensé: «Qué clase de entidad es ésta? Será éste un cuerpo espiritual? Por cierto que esto no se parece a lo que yo me imaginé sería un espíritu». En ese momento, ví y sentí junto a mi sien izquierda, una llama de tres lenguas de un hermoso color rojo profundo, de tono especial, cual jamás había visto. Oí entonces que al parecer yo misma, decía, no voluntariamente, sino como si algo o alguien hablase a través mío: «*Este es el poder curativo*». Al oír estas palabras, la

llama se acercó más y me tocó en la sien. Instantáneamente, una gran conmoción, como producida por algo que parecía fuego eléctrico, corrió por mi cuerpo desde la cabeza hasta los pies. Esto era algo así como una ola de vida, de vida maravillosa, tal como yo no la había experimentado jamás, y pensé: «Esta es la Vida misma. He sentido la Vida. Antes, he estado muerta y por primera vez sé cómo se siente la Vida».

Entonces, de improviso, me encontré nuevamente dentro de mi cuerpo físico y sobre la cama, pero sintiendo ahora que la misma ola de vida circulaba por todo mi ser. Por espacio de muchas horas permanecí despierta, pensando en aquella extraña experiencia, y durante ese tiempo perdí para siempre todo temor a la muerte. Me parecía en verdad que había pasado por el estado que se llama muerte y que había resucitado en mi cuerpo espiritual, encontrándolo más real que el físico.

Esto no fué ni sueño ni visión; fué una experiencia real y verdadera que se efectuó, encontrándome tan despierta como lo estoy en este momento mientras escribo estas líneas.

Más aún, fué una experiencia que produjo en mi estado consciente un cambio tal, que desde ese entonces, jamás he vuelto a ser la misma persona. Cambiaron también mis condiciones físicas. En fin, me sentí reconstituída tanto física como mentalmente.

Desde entonces he observado que estos cambios

de estado consciente, se producen a intervalos a lo largo del sendero evolutivo, así como también que en un estado prematuro es tan imposible comprender el estado posterior, como lo sería para una de las formas primitivas de vida comprender o penetrar en la mente de un ser humano. Es muy posible que la diferencia no sea tan grande, pero en realidad lo es; y cada paso de avance la hace sentirse a una cual si repentinamente la hubieran, como si dijéramos, exaltado a un nuevo orden o jerarquía de sercs.

Lo más extraordinario de todo esto es que una puede continuar ciega y equivocadamente por una senda que al parecer no la conducirá a parte alguna determinada, y entre tanto se estará acercando constantemente a un estado de desarrollo más elevado. Debemos, eso sí, tener un propósito firme y sincero, pues todo aquel que busca encontrará.

Son estos estados conscientes posteriores, difíciles de explicar al estudiante. Hay estados de tan alta vibración para sanar a los enfermos, que no requieren recurrir a la palabra hablada. Jesús encontrábase a veces en ese estado, en el cual el poder curativo emanaba aún de la orla de su vestido. En otras ocasiones Él creía necesario usar de la palabra. Cuando se hallaba en el estado de mayor exaltación, podemos decir que actuaba en Él la consciencia de Cristo, y ese estado no se encuentra fuera del alcance de ninguno de nosotros, si damos crédito a sus palabras: «Las obras que yo hago vosotros también haréis».

No creáis que porque vuestro cielo mental está gris y pesada su atmósfera hoy, y porque quizás haya estado así por muchos años, deba continuar así siempre. Creedme cuando os digo que podéis entrar en nuevos mundos uno en pos del otro dentro de vuestra propia mente y encontrar que cada uno de ellos es más hermoso y brillante que el anterior.

En mi última lección os hablé del poder curativo descendiendo como fresco rocío, y en esta os he hablado de él como de un fuego. Esto parece una contradicción, pero no lo es en realidad. Yo empleo la palabra fuego, no para indicar calor, como lo comprendemos en un sentido material, sino en el sentido de vitalidad, de vida. El fuego eléctrico parece significar algo enteramente diverso del fuego en el sentido corriente. Un fuego eléctrico, por ejemplo, puede ser intensamente vitalizador, y, sin embargo, caer como fresca lluvia.

Nos vemos obligados a tomar literalmente del mundo material, los términos que aplicamos a las cosas espirituales, pero a la mente que esté despertando a la vida interna siempre trascenderá el término simbólico que le traduzca esas cosas en su verdadera realidad.

Al penetrar de uno a otro mundo nuevo, en vuestros estados conscientes, miraréis hacia atrás, a vuestro estado actual, del cual habréis salido ya, y os admiraréis de cómo os habéis podido mantener dentro de sus confines. He visto, no recuerdo dónde, un bonito cuadro que representaba un pollito

contemplando su cáscara rota y diciendo: «¿Es posible que haya salido yo de ahí?» El estado mental en que os encontráis ahora, será para vosotros, algún día, la cáscara rota y la contemplaréis con incredulidad diciendo también: «¿Es posible que haya salido yo de ahí?»



SECCIÓN VII

Cuando empecé el estudio de la curación por la Ciencia Mental, me imaginé era algo que podía adquirirse como la aritmética, la geografía, la química o cualquier otro de los estudios que proseguimos en el curso ordinario de la educación. Esperaba encontrar reglas como las que se nos dan en la gramática o en las matemáticas. Adquirí un curso tras otro de instrucción, para llegar a descubrir estas reglas, o algún método preciso, mediante el cual la curación pudiera llevarse a cabo. Por cierto que no lo encontré. Tal vez habría en ello un secreto a voces, pero el hecho es que a mí no se me revelaba. Cada autor, a su manera, parecía empeñarse en revolucionar mis ideas, en vez de enseñarme algo práctico. Esto me impacientó, pues yo pretendía encontrar algo de tan preciso como una operación matemática que yo pudiera resolver y probar como pudiera hacerlo, por ejemplo, con una suma.

Creo que todos vosotros estáis buscando lo mis-

mo, amigos míos, y quiero empezar por deciros que no lo encontraréis. La curación de las enfermedades, mediante el poder del pensamiento, no os la puede enseñar nadie por medio de reglas, pues ella no se efectúa de un modo mecánico, cual si se tratase, por ejemplo, de hacer una torta o de escribir una receta médica. En este sentido, es más bien un arte que una ciencia. Por supuesto que la ciencia es la base del arte, y sin ella éste sería imposible, pero la ciencia es meramente mecánica y fría y exacta, mientras que el arte es espiritual, creador e independiente. Sujeto sólo a sus propias leyes, sobrepuja a la ciencia en su intrépido desenfado. Aparentemente sin apoyo, tiene una fuerza interna que contrarresta las leyes de la gravitación, y las mantiene perfectamente equilibradas entre la tierra y el cielo.

Podréis enseñar a un estudiante la mezcla de los colores, las leyes de perspectiva y el manejo del pincel; pero todo esto no lo convertirá en un artista, pues si él no posee internamente la fuerza espiritual y creadora, sólo producirá toscos efectos mecánicos, a pesar de toda vuestra enseñanza.

Basados en este principio, todos los mejores maestros en el arte de curar por medio de la mente, procuran despertar en sus alumnos el espíritu del asunto, en vez de darles reglas mecánicas. Y aunque al alumno tal vez le parezca que el maestro no está haciendo nada, el hecho es que está efectuando lo único que se necesita.

Por ejemplo, si vuestras ideas con respecto a vo-

sotros y a vuestra relación con el mundo que os rodea, son erróneas, debéis modificarlas. Esto os desarmonizará y os sentiréis molestos por algún tiempo. Vuestro terreno mental ha sido arado para sembrar nueva semilla y aunque la perturbación pueda no seros agradable, es indudablemente necesaria. El trabajo de arar y el de sembrar vuestro terreno mental, constituyen la parte mecánica, y ahí es donde entra la ciencia; pero un poco más tarde aparece el arte y crea a voluntad. Si esto no sucede, ello se deberá a que vuestras semillas son vanas, porque mientras no haya nueva vida no hay prueba de que vuestra aradura y vuestra siembra han sido bien hechas.

Los psicólogos nos dicen que las ideas se organizan dentro de la mente, con una idea dominante que es, como si dijéramos, la idea matriz.

Esto produce cierto estado de consciencia. Pero así como en el gobierno exterior se depone de vez en cuando a un mandatario, así también ocurre en el mundo interno de las ideas. Se destrona la idea dominante y toma su lugar una nueva idea. Esto, como podéis imaginarlo, produce confusión y desorden por un tiempo, pero al fin concluye por dejar establecido un orden nuevo. Este nuevo orden es un cambio en el estado de consciencia: y con cada cambio semejante se produce una nueva acción vibratoria. Constantemente emana de cada uno de nosotros, una corriente invisible, que es el resumen de lo que somos. Cambia a medida que cambiamos nosotros, y es tan real como lo es cualquiera parte de

nuestro organismo, aun cuando sea invisible e impalpable para todos, excepto para aquellas personas más sensibles con quienes se pone en contacto.

Esta corriente vibratoria se llama el aura humana, como muchos de vosotros lo sabéis sin duda. Hace algún tiempo, cuando estuvo en este país la señora Annie Besant, exhibió fotografías que demostraban las distintas apariencias del aura, según los distintos estados mentales. En estado normal de salud, se veía el aura emanando del organismo en forma de líneas rectas; en estado de salud anormal estas líneas aparecían caídas, enredadas en una especie de confusión y desorden; en estado de cólera semejaban un relámpago y eran de un color cárdeno; en estado de amor y paz se manifestaban como ondulaciones tenues y de un hermoso color rosa.

Estas fotografías no le probaron a mi mente, de una manera efectiva, la existencia del aura, pero parecía razonable suponer que pudiera haber algo en ello. Algún tiempo después me ocurrió algo que podría asimilarse a una prueba; fué cuando estudiaba Espiritismo, y pasó de la manera siguiente: Me habían dado noticias de un excelente medium que vivía en Nueva York, y fuí con dos amigas a una de sus sesiones. Todas éramos completamente desconocidas para el medium, y era aquella nuestra primera experiencia en ese sentido. Eramos precisamente diez y siete los asistentes, nosotros inclusive, y nos sentamos formando un semi-círculo o una especie de herradura, en cuyo extremo abierto sentóse

el medium. Al hacer sus experimentos, el medium designaba a cada persona por un número; hizo prueba tras prueba, pero ninguna con nosotras; y ya empezaba a creer yo, que todo lo ocurrido había sido arreglado de antemano entre el medium y algunos de sus allegados, con el objeto de atraer crédulos, cuando con gran sorpresa de mi parte, oí que el medium llamaba mi número. Dicho medium permanecía durante toda la sesión con los ojos muy cerrados y en medio de la estancia, iluminada por una fuerte luz. Llamó mi número, como digo, y respondí: «¿Es a mí?» El medium contestó: «Sí, es a Ud. a quien me refiero. Ud. alivia a las gentes por medio de su mente; veo líneas rectas, llenas de poder, que emanan de Ud. Lleva consigo salud, fuerza y alegría, y las esparce en cualquiera dirección donde pone su pensamiento. Estas líneas rectas me hacen recordar los rayos del sol, son tan brillantes y tan llenos de vida. Ud. alivia tanto a la gente que todos se alegran al verla llegar y sienten cuando se va. Y no tiene necesidad de decir una palabra, pues su presencia por sí sola es suficiente. Esos rayos emanan de Ud., y su contacto imparte vida nueva a las gentes aun cuando Ud. permanezca silenciosa».

Al oír esto de una persona completamente extraña, que no podía saber absolutamente nada de mi trabajo en terapéutica mental, pensé que esto era una prueba poderosa de que nuestros estados mentales producen un aura que es sentida por los demás aun cuando no sea vista, como lo era por este medium.

Más tarde tuve otra prueba, pues estas líneas rectas, llenas de poder, nacidas de mis primeros entusiasmos, estaban destinadas a perder su fuerza y a caer como en un caos a mi alrededor; y en la lóbreguez de mi desesperación, creí que habían caído para siempre. Esto sucedió cuando perdí a mi esposo, a causa de una violenta enfermedad que duró tres días. Encontrándose aparentemente en perfecta salud, cayó de súbito, derribado cual un fuerte árbol al paso de un ciclón, y yo también caí como arrastrada por la misma fuerza, y reducida momentáneamente a la impotencia. Esta fué una experiencia muy cruel, pues además de la pérdida de mi esposo, parecía haber perdido para siempre el poder curativo. Creía en él aún, pero me decía: «Es para otros, y no para mí. Jamás podré emplearlo otra vez». La vida ya no me ofrecía aliciente alguno; sólo me preocupaba un deseo, un pensamiento, el de obtener una palabra de mi amado al través del velo que lo ocultaba. Impulsada por este pensamiento, fuí otra vez a consultar al medium en Nueva York, y obtuve una entrevista privada. Sus primeras palabras fueron: «¡Oh! qué enorme pesadumbre! Si me fuera posible proporcionarle alas, para que pudiera volar y alejarse de todo esto, ¡qué dádiva tan grande sería! ¿no es así?»—Nada dijo en esta ocasión acerca de líneas rectas o de rayos solares que emanasen de mí. Todo era tenebroso, pesado, inarmónico y depresivo. Estas palabras me demostraron cuánto había cambiado mi aura; pero no

estaba decretado que ello debiera permanecer así.

Poco después de la muerte de mi marido, vino a verme una amiga, y a pedirme asistiera a su hijito, víctima de un envenenamiento con leche que había permanecido demasiado tiempo en el esterilizador. La creatura vomitaba una materia verdosa y se encontraba en un estado de suma gravedad. Recuerdo cómo la miré, con ojos en que los párpados me pesaban como plomo, y le respondí: «¿Cómo puede Ud. pedirme esto? Si he perdido al único ser en el mundo a quien hubiera salvado si hubiera podido, con seguridad que menos podré hacer algo por su niño. Nó, ya no me será dable curar a nadie otra vez, pues he perdido el poder».

Pero mi amiga insistió, recordándome lo que había hecho por el niño en otras ocasiones y terminó diciendo: «Si solamente hiciese Ud. el esfuerzo, tal vez el poder le volvería», y mirándome implorante, con gruesas lágrimas en los ojos, me dijo: «Por favor, trate Ud. de hacerlo».

No pude resistir a sus súplicas y la acompañé a su casa, aunque de muy mala gana. Poseída de profunda inercia tomé al niño en mis brazos y ni siquiera sentí lástima por el pobre enfermito; y eso fué raro, pues mis sentimientos a este respecto habían sido siempre muy intensos y tiernos, y constituían la mejor parte de mi ser.

Pero, en el fondo, al través de esta inercia, hubo un pequeño y débil esfuerzo para aliviar al niño. Este esfuerzo aumentó más y más dentro de mí, has-

ta que súbitamente sentí una gran corriente de vida, y en ese instante me volvió el poder curativo. Algunos momentos después coloqué de nuevo al niño en su camita, profundamente dormido y despertó completamente sano.

El aura que yo había perdido y recuperado fué tan real en el primer caso, como en el último, y no era una efusión de mero entusiasmo. Tuvo su origen, en realidad, en lo que yo había pensado y experimentado, pero esos pensamientos y experiencias no habían sido tan profundos como para hacer que el aura fuese permanente y duradera. Yo aún no había llegado al desarrollo del estado consciente que me permitiera permanecer tranquila y equilibrada cuando la enfermedad entraba en mi propia casa y atacaba al ser que me era más querido. Como se dijo del Gran Médico: «Salvó a otros y no puede salvarse a sí mismo». Igual cosa puede decirse de aquellos que curan actualmente. Nosotros, también, a menudo salvamos a otros, siendo impotentes para salvarnos a nosotros mismos y a aquellos a quienes estamos unidos por estrechos lazos de afecto.

Pero debemos hacerlo, y lo haremos. Posteriormente, he comprobado esto, pues mi poder ha aumentado, como lo demostré con la curación hecha a mi hermana hace algunos años, cuando los alópatas no pudieron aliviarla.

Pero para curar con éxito a aquellos con quienes estamos íntimamente relacionados, debemos indivi-

dualizarnos. Debemos independizarnos nosotros, y concederles igual prerrogativa a nuestros seres queridos.

Debemos sacudirnos el yugo que ellos nos han colocado, y también hacer lo mismo con el yugo que nosotros les hemos puesto. Tal vez la lección más dura que tenemos que aprender, es la de permitir que nuestros seres queridos vivan de acuerdo con su manera de pensar y no como nosotros pensamos que debieran vivir. Nosotros deseamos su felicidad, pero la deseamos según nuestro concepto, el cual no siempre es el de ellos.

Naturalmente que los padres deben ejercer vigilancia sobre sus hijos, hasta cierto punto, pero sin excederse. No es posible que protejáis siempre a vuestro hijo, con el escudo de vuestra experiencia, pues él, a su vez, necesita de experiencia personal. Dadle su libertad, aunque sea para que, como el hijo pródigo, vague errante alimentándose de desperdicios, pues él regresará algún día, tras los ricos manjares, a la casa de su padre.

Y todo este espionaje cariñoso, es debido a una creencia errónea: la de que no existe nada más allá de la mente personal, que pueda velar por nosotros y satisfacer nuestros anhelos. Pero, ¿qué cosa hay, además, que pueda hacer esto por nosotros? Pues bien, existe algo que muy bien podríamos llamar la Inteligencia Suprema. ¿No véis como obró cuando vino mi amiga a pedirme atendiera a su niño? No véis como ella se sintió impelida a venir hacia mí, y

gracias a esa venida me sacó de ese estado de descorazonamiento, contrariedad y depresión, en que me encontraba, para volverme a una vida de utilidad, en la cual mis ideales debían realizarse?

Ahora, no me comprendáis mal. No quiero decir que esa Inteligencia Suprema sea una cosa aparte y fuera de nosotros, sino algo con lo cual nos identificamos. Si así no fuera, ¿cómo podría estar dentro de nosotros, y actuar por nuestro intermedio tal como lo hace?

Y no me agrada la expresión que con tanta frecuencia oigo: «El hombre es una parte de la Inteligencia Suprema», pues, a mi juicio, una parte de algo me da la idea de falta de integridad, de imperfección, de debilidad y separación del TODO.

Mi espíritu exige que yo me penetre de que soy una entidad completa. También exige que vos os penetréis de igual cosa. Cuando quiera que yo acepte algo inferior a esto para vos o para mí, parece como que ambos nos empequeñeciéramos hasta convertirnos en pigmeos. Y entonces llegamos a sentirnos tan exigüos, débiles e inútiles, que no tenemos esperanzas de llegar a ser algo o a realizar algo que valga la pena.

Pero este es un problema arduo, ¿verdad? Cómo es que yo pueda ser yo, y vos podáis ser vos, y al mismo tiempo cada uno de nosotros ser el TODO?

No es este un problema tan enigmático como a primera vista parece, pues yo soy sólo yo, a medida que de alguna manera me revele a los sentidos

y vos sois vos, a medida que también os reveléis a los sentidos. Lo que somos en el fondo, es una cosa muy distinta, y es precisamente allí donde todos somos uno. Es decir, detrás de la cortina de lo invisible, todo es uno, pues no ha sido separado aún, como tiene que suceder para que pueda manifestarse en el mundo visible.

Supongamos que en alguna parte, hubiera un gran volumen de agua sin ninguna salida. Entonces el agua es toda una. Pero dadle una salida aquí y allí, y veréis como, al deslizarse cada arroyuelo, se aparta del todo al mismo tiempo que emana de ese todo. Si cada arroyuelo pudiera pensar, probablemente lo haría de una de estas dos maneras: una sería, considerándose como un arroyuelo separado, y la otra, como un arroyuelo procedente de una fuente. Si el arroyo estuviera dotado de una tendencia meramente perceptiva, vería sólo el arroyo y no la fuente; pero si su tendencia fuera reflectiva, miraría hacia atrás, a lo largo de su corriente y vería el principio de su salida, y tal vez, mirando más atrás aún, vería la fuente misma.

Nosotros los humanos, tenemos tanto la tendencia perceptiva como la reflectiva, y mediante el desarrollo de esta última podemos mirar más y más al fondo hasta llegar al centro mismo del ser y es ahí donde vemos que todo es uno. Es ahí donde yo soy todo y vos sois todo.

Ahora bien, este Todo, o la Inteligencia Suprema, se proyecta en el mundo, en el mundo material;

en realidad pasa a ser el mundo material y esta transformación se está efectuando día a día y hora tras hora. Hace y rehace su mundo continuamente. A veces, en época de catástrofes o desgracias, nos parece que no estuviera muy bien lo que hace, pero ello es debido a que nosotros sólo vemos una parte del todo. ¿Cómo podríais juzgar del mérito de una hermosa pintura si vierais solamente un fragmento de la misma? Y, sin embargo, si un psicómetro coloca sobre la frente ese fragmento, instantáneamente el cuadro entero se presentará a su vista.

Creo que de manera análoga, nosotros vislumbramos este Hermoso y Gran Conjunto, pues si así no fuera, nos faltaría la fe en los momentos de dura prueba. ¿Cómo es que cuando vemos la parte aspiramos al todo? ¿Cómo es también que cuando vemos la imperfección aspiramos a la perfección, nosotros que jamás hemos visto el Todo, nosotros que jamás hemos abarcado la perfección? No será que el Todo que en sí es la perfección deja su impresión en el ánimo y lo impele a exteriorizar la belleza y la gloria de la vida interior? Por lo menos así lo creo yo.

Me propongo en esta lección abarcar una extensión considerable y espero haber dejado establecido con claridad que existe eso que he llamado una emanación real o aura, la cual corresponde a cada uno de los estados de conciencia al través de los cuales va pasando el individuo. El poseer este conocimiento hace que se considere más razonable la curación

por medio de la Ciencia Mental, porque así cada uno puede apreciar cómo se efectúa esta labor del pensamiento.

Confío en que también habré demostrado claramente que no es posible asimilarse el poder curativo mental en una forma mecánica, o friamente intelectual, aún cuando los pasos conducentes a la facultad de producir la vibración terapéutica, puedan ser más o menos metódicos y por consiguiente, mecánicos.

También he patentizado, mediante la reseña de incidentes ocurridos en la experiencia de mi propia vida, que un fracaso aislado no debiera descorazonarnos, aunque llegue a ocurrir cuando hayamos alcanzado a una altura donde todo éxito parecería asegurado.

He tratado de dar una palabra de aliento a todas aquellas personas que tienen en tratamiento a miembros de su propia familia y no han alcanzado el éxito que anhelaban. A todos ellos les he de repetir: «No os dejéis alucinar exclusivamente por la idea del parentesco, ora se trate de padre o hijo, de marido o de mujer, cuando haya de por medio la vida de otro». Hinchido el corazón de amor, permaneced, sin embargo, tranquilos y serenos, claramente conscientes de vuestra unidad con el Todopoderoso. A menos que procedáis en esta forma, fracasaráis seguramente.

Y no presumáis de que tenéis que realizarlo todo mediante la improvisación de métodos fundados en

vuestra cotidiana experiencia. Dejad también que algo efectúe la Suprema Inteligencia dentro de vosotros. Resignaos ante la idea de que los seres que os son queridos desaparezcan de vuestra vista y confiad en que esa misma Inteligencia ha de velar por ellos. Cuando estén lejos del hogar y de vuestros solícitos cuidados, no los sigáis con pensamientos de inquietud y ansiedad, pues tales pensamientos son un veneno para ellos y para vos.

Por mucho tiempo he sentido que hay un primer paso esencial en el arte de la terapéutica mental: de sechar la idea de debilidad en nosotros mismos; y realmente no concibo cómo podamos hacer esto, si colocamos a Dios fuera de nosotros. Por este motivo muy rara vez empleo la palabra «Dios», pues me trae a la mente la idea antigua y errónea, que por tantos años tuve acerca del Ser Supremo.

Pero la nueva concepción de Dios, no ha aminorado mi sentimiento religioso, ni soy por ello menos devota, porque ahora Dios, el Amor Supremo, Dios, la Inteligencia Suprema, es para mí el Misterio transcendental que a diario y continuamente se nos revela, y es a este Dios a quien adoro; a este Dios que verdaderamente es nuestro sostén constante en momentos de aflicción; a este Dios que alivia nuestras enfermedades y que ha de renovar las fuerzas de aquellos que se consagran a su servicio, así como ha de darles alas para remontar la altura, energía para recorrer sin cansancio la senda de la vida, y valor para hacer frente a la adversidad y al infortunio.

LECCIÓN VIII

Voy a referiros una experiencia singular, que creo será útil, por cuanto ella parece dar forma real a muchas cosas que se diría intangibles. Sabéis que hemos considerado el pensamiento, la emoción, la influencia espiritual y la experiencia interior, como cosas imaginarias comparadas con otras, como la carne y la sangre, las casas y los terrenos, el dinero y los bienes. Fué esta idea ficticia que se tiene con respecto a la vida interna y al valor indebido que se da a las riquezas, lo que hizo que el joven de la leyenda Bíblica se entristeciera cuando se le dijo que vendiese todos sus bienes y siguiera en pos de Jesús. Al joven le pareció que al hacer esto, se desprendía de lo real, sin recibir nada en cambio. Se fué muy apesadumbrado, pues sentía ansias por algo superior a lo que sus casas y tierras podían procurarle, pero ese algo no estaba suficientemente definido para hacerlo objeto de su ambición. Siendo un joven de buen criterio, al cual debía la adquisición de sus riquezas, es natural que le pareciera imprudente el desprenderse de todo aquello, que era tan real, para perseguir una quimera.

Si pudiéramos seguir la historia de este joven, indudablemente encontraríamos que a medida que su visión interna se desarrollaba, iba convirtiéndose en realidad, mediante esa visión, todo lo concerniente al espíritu, y es precisamente de esta realidad, sen-

tida y experimentada por mí, de la que desearía hablar.

Al leer con profundo interés un libro intitulado «La Senda Perfecta», fué tan grande mi impresión, que sentí como si mi espíritu fuera presa de una poderosa exaltación. Fuí transportada del medio ambiente en que me encontraba, hacia una atmósfera de pensamiento enteramente nuevo. Las cosas terrestres me parecían burdas y groseras y me figuraba ver mundo tras mundo, de mayor y mayor grandiosidad y hermosura. A medida que proseguía mi lectura, iba perdiendo toda conciencia de mí misma, a excepción de esta sola sensación: un dolor agudo y penetrante en la palma de las manos, y en el empeine de cada pie, algo así como si me estuviesen perforando en esos puntos. Esta sensación fué tan marcada y continua, durante la lectura del libro, que cuando lo terminé, no pude menos de hablar de ello a mi hermana. Aunque nos pareció extraño, no nos lo pudimos explicar por entonces. Algún tiempo después, leyendo un libro por el Dr. Franz Hartmann, encontré en él la siguiente explicación: en personas extremadamente sensibles, ocurre a menudo, que al despertar al estado espiritual se producen manifestaciones físicas en su organismo. Es histórico el hecho de que ha habido monjas, a las cuales ha ocurrido que estando en profunda meditación sobre el sacrificio de Jesús en la Cruz, les ha parecido en la frente un facsímil de la corona de espinas delineado como con puntos de sangre, y han sentido

al mismo tiempo la angustia del dolor producida por los clavos que atravesaban las manos y los pies. Si mal no recuerdo, el Dr. Hartmann habla de estos signos como indicaciones que se producen con el advenimiento, a la mente consciente, del *principio* Cristo.

Los psicólogos fácilmente se explicarían este fenómeno atribuyéndolo a histerismo o a super-sensibilidad; pero para mí, esa no es buena explicación, pues aun cuando la condición mental en dicha experiencia debe ser extremadamente sensible, eso no significa que sea necesariamente alucinación o des-arreglo mental. Verdaderamente sé que no es así.

Si yo, antes de haber leído el libro «La Senda Perfecta» hubiera conocido la explicación que da el Dr. Hartmann, habría pensado que la sensación que experimenté al través de las manos y de los pies, había sido efecto de la imaginación, o de saber que esto había ocurrido otras veces; pero entonces yo ignoraba todo eso. Es sabido que estudiantes de Medicina, con frecuencia contraen la enfermedad que están estudiando; pero esta experiencia mía en aquella época, fué del todo inopinada y sin precedente, siendo para mí una sorpresa y algo que yo no podía absolutamente explicarme.

Todo esto ahora me parece muy sencillo, pues veo claramente que el nacimiento de Cristo no sólo es un hecho universal, sino también uno particular. Creo que hubo un momento en que Cristo nació en Jesús. También creo que hay un momento en que

Cristo nace en cada uno de nosotros, y que es real y verdaderamente un nacimiento a una vida nueva. Cuando esto ocurre, creo que lo primero que comprendemos es lo que significa la inmortalidad, pues entonces sentimos sus vibraciones, que son muy distintas a aquellas que hemos experimentado en otros estados de consciencia. El joven se alejó apesadumbrado; buscaba la vida eterna, pero no podía encontrarla, porque Cristo todavía no había nacido dentro de él.

Todas las cosas son buenas, ya sean del mundo interno o del externo; pero existen grados de bondad, y creo que la bondad perteneciente a lo interno o lo más íntimo, es la mejor de todas. Procuremos aprender más y más de lo concerniente a esta maravillosa vida interna, de la cual sabemos tan poco, porque la personalidad pensante, la que actúa, aquella acerca de la cual sabemos algo, es sólo una parte del todo.

Yo, por ejemplo, hago mucho más de lo que me imagino; llevo el alivio a las personas por medio de mi mente consciente, pero hace poco he sabido que en realidad llevo ese alivio a muchas más, mediante la mente subconsciente, o sea, aquella parte de mi ser que no está, por decirlo así, bajo la mirada vijiante de mi mentalidad.

No hace mucho tiempo, recibí una carta interesantísima de una mujer que reside en las costas del Pacífico. En ella me dice que se le ocurrió ponerse, durante el sueño, en contacto con alguien que pu-

diera prestarle auxilio, y en la noche al dormirse, su último pensamiento fué una invocación para alguna persona desconocida que le diera fuerzas. Esto continuó por espacio de dos semanas, más o menos, y paulatinamente le sobrevino la consciencia de que alguien la auxiliaba y fortalecía de varias maneras. Un día entró a una librería, y el dueño le pasó un ejemplar de la revista «El Centro Irradiante». Experimentó una atracción extraordinaria hacia dicha publicación y leyó su contenido con avidez; volvió luego a la librería y preguntó: «¿Qué otra cosa ha escrito esta mujer?». Le dieron otro trabajo mío, el que llevó a su casa y leyó con una singular sensación de familiaridad. Parecía como si supiese el contenido de cada página antes de leerlo. Después de haber terminado la lectura quedóse contemplando pensativa el fuego de la chimenea, hasta que sintió una voz que le dijo claramente: «¿Por qué no escribes a Kate Boehme? Escríbele esta misma noche». Y al propio tiempo le vino a la mente la convicción de que era yo quien la había auxiliado durante su sueño.

Y no hay duda que así sea; pues, mientras la mente se concentra en detalles, estoy convencida de que *el conjunto* actúa a su manera por medio de su esfera áurica.

¿No comprendéis cómo puede ser esto? ¿No comprendéis cómo puede *el conjunto* expresar una frase completa, mientras *la parte* pronuncia sólo algunas palabras? Supongamos que os encontráis con

dos personas y ambas os dan los «Buenos Días». Ambas usan las mismas palabras, y, sin embargo, ¡cuán distinta es la respectiva impresión! ¿Sabéis en qué consiste la diferencia? En que recibís la respectiva vibración de *la personalidad completa* a través de cada uno de esos «Buenos Días».

Lo que hacéis y lo que decís lleva el sello de lo que sois. Podéis decir «Buen Día» de manera que quiera decir muy «Mal Día», o podéis decirlo de manera que infunda una alegría semejante al lucir de un sol, tras de una noche tenebrosa.

Creo con sinceridad que para alcanzar el desarrollo inherente a la adquisición del poder curativo, no importa cuáles sean vuestras creencias religiosas. Ya seáis Protestante, Católico Romano o Cientista Mental, con tal que haya nacido el Cristo dentro de vosotros, podréis adquirir la aptitud de curar.

Naturalmente creo que el Nuevo Pensamiento (el cual no es otra cosa que el Renacimiento de un Antiquísimo Pensamiento), es un camino corto hacia la Luz, y por esa razón yo lo sigo. Si alguna otra persona encuentra por sí misma un camino más corto que el mío, le deseo el éxito más completo. Se ha dicho que todos los caminos conducen a Roma, y de la misma manera puede decirse que todos los caminos conducen al Centro de la Verdad Divina, siempre que sigáis por cualquiera de ellos durante algún tiempo; por mi parte, estoy cansada de los largos años anteriormente pasados, como si dijéramos, en el desierto, y he encontrado ya mi puerta de salida.

Los que así lo deseen, pueden acompañarme; ¡Dios los bendiga! Aquellos que no quieran venir, sigan el camino que les plazca; ¡sean también ellos bendecidos!

Lo que más pronto os conduzca al estado de sentir amor por toda la humanidad, eso debéis conceptualarlo como lo mejor para vosotros, pues solamente encontrándoos en ese estado podréis ser aptos para curaros a vosotros mismos y a los demás.



LECCIÓN IX

Hace algunos años oí hablar de un hombre que sufría de reumatismo crónico; su estado era tan grave, que estaba casi inválido, pues no podía dar un paso sin ayuda, ni tampoco vestirse o desvestirse solo. Todas las mañanas, un miembro de la familia tenía que sacarlo de la cama y vestirlo y por la noche acostarlo como a un niño. Una noche, después de haberlo dejado muy cómodo en su cama, toda la familia se fué a la iglesia, como acostumbraban. En ocasiones anteriores habían hecho igual cosa, y nada había ocurrido; pero en dicha noche se declaró un incendio en la casa. El enfermo pidió auxilio a gritos, pero nadie vino a socorrerlo. El humo se hacía sofocante y la situación crítica. Más y más se acercaban las llamas y el humo aumentaba en densidad, hasta que en un arranque de desesperación,

nuestro inválido saltó de la cama, se vistió, tomó una sábana, vació en ella todos los objetos de valor que había en los cajones de la cómoda, se echó el bulto a la espalda y se lanzó a la calle. ¿Y dónde estaba su reumatismo? Había desaparecido por completo. Y, lo que es más, para jamás volver. Este hecho es atestiguado por personas serias.

El hombre en realidad padecía de reumatismo. No estaba fingiendo. Era un hombre serio y se encontraba en su sano juicio. ¿Cómo fué, entonces, que su dolencia desapareció cual si fuera un sueño o una ficción del cerebro?

Os lo explicaré: El pensamiento de *incendio* con su *peligro* correspondiente llenaron *por completo* la mente de nuestro hombre. En ella no quedó ni el más insignificante lugar para el pensamiento de *reumatismo*, pues *el terror* lo había expulsado.

Entonces la enfermedad debe estar en la *mente*, aun cuando pueda *afectar el cuerpo*.

Pero, deshacerse de una enfermedad por medio del *terror* es algo muy parecido a algunos de los antiguos métodos de curación, en los cuales una enfermedad era sustituida por otra.

En vez de esto, ¿por qué no llenar la mente por completo con algo mejor que el *terror*?

Pues bien, podéis llenar vuestra mente tan por completo con el pensamiento de *salud*, que para la enfermedad (tomad nota de que la palabra «enfermedad» la he escrito con minúscula) no quedará ni la más mínima cabida.

Hay un experimento de hipnotismo, que contribuye a probar que la enfermedad está en la mente. Y es el siguiente: Un hipnotizador, toma a dos sujetos, uno enfermo de tos, y el otro en perfecta salud; los pone en estado de hipnosis, y en seguida traspasa la tos del uno al otro y los despierta. Resultando que el que tenía la tos está bueno y sano, mientras que el otro tose con violencia.

El operador efectúa esto, diciendo al sujeto con tos, que no la tiene y al otro, al contrario, que la tiene. Cada uno de estos sujetos, como desempeña, cual si dijéramos, el oficio de polo negativo respecto de la mente del operador, recibe la afirmación mental que éste le da, y ella le produce un efecto instantáneo en el cuerpo. «Así cómo el hombre piensa en su corazón, así es él», desde el centro hasta la circunferencia.

Esta es la Ley, y ¿por qué no actuar de acuerdo con ella? Estoy segura de que lo deseáis, pero probablemente no sabéis cómo hacerlo. Esto es lo que generalmente ocurre.

Por ejemplo: Tenéis un terrible dolor de cabeza, y decís: «Ha llegado el momento de poner en práctica algunos de mis conocimientos de Terapéutica Mental». Os duele tanto la cabeza, que apenas podéis pensar, pero haciendo un gran esfuerzo decís: «No me duele la cabeza», pero al mismo tiempo agregais entre paréntesis: («¡Qué mentira más horrible!, si la cabeza ya se me parte»). Pero volviendo a vuestro propósito añadís: «—No puedo tener do-

lor de cabeza, pues mi verdadero ser es espiritual y perfecto; no es susceptible de padecer dolores ni molestias; este dolor de cabeza es sólo una ilusión de los sentidos, y por lo tanto ascenderé mentalmente a la realidad; mi dolor de cabeza ha desaparecido, estoy sana».

Pero vuestro dolor *no* ha desaparecido. Está peor que nunca. Mientras más sostenéis que se ha ido, más fuerte se hace. Os encontraréis en igual situación a la de cierto estudiante de ocultismo: su profesor le había dicho que repitiese una fórmula dada, pero que tuviera mucho cuidado de no pensar en la palabra «Rinoceronte». La consecuencia fué que el discípulo no pensó en otra cosa que en «Rinoceronte», y por último, desesperado, dijo a su profesor: «¿Por qué me indicó que no pensara en «Rinoceronte»? A mi ello no se me habría ocurrido nunca, si usted no me lo hubiera puesto en la mente, mientras que ahora no puedo pensar en otra cosa».

De manera que cuando pensáis en vuestro dolor de cabeza, aun cuando sea para negarlo, hacéis virtualmente lo del estudiante, que no podía libertarse de pensar en la palabra «Rinoceronte». No nombréis ni penséis absolutamente en el «dolor de cabeza», sino que apartad de él vuestro pensamiento, de manera análoga a la del hombre que se apartó de su reumatismo; solamente que no debéis emplear el terror, si podéis evitarlo, no sea que el remedio resulte peor que la enfermedad.

Estoy completamente segura de que, si en medio

de vuestro dolor, se declara un incendio en la casa, o recibierais noticias alarmantes, el dolor de cabeza desaparecería como por encanto.

Pero, en este caso, os asemejaríais a un trozo de madera que flotara en el río y fuera llevado por la corriente en distintas direcciones, a veces enredado con otros maderos y a veces deslizándose suavemente y manteniéndose sin embargo todo el tiempo inerte, y como a la merced de todos los objetos que le rodean.

No seáis como el trozo de madera; proceded como un fornido nadador que batalla con la corriente y enderezad vuestro rumbo a voluntad.

Pero volviendo a considerar vuestro dolor de cabeza, y la manera de libertaros de él (dolor de cabeza o cualquier otro mal), es muy posible tengáis que hacer numerosos ensayos antes de poder deshaceros con facilidad y ligereza de vuestra afección. En terapéutica mental, como en toda otra materia, se llega a la perfección sólo por medio de la práctica, y la ocasión más favorable para practicar es cuando no estéis enfermos. Esto parece raro, ¿verdad? Pero lo que quiero decir es que debéis construir vuestra arca antes del diluvio. Entonces podréis embarcaros en ella y navegar sin cuidado.

Cuando miro hacia atrás, al través de los diez años que he empleado para llegar a mi estado de actual desarrollo, me admiro de no haber renunciado desesperada, en vista de que tantos de mis primeros esfuerzos tendientes a mi curación personal,

resultaron un fracaso. No os daré una lista de mis dolencias, pero eran muchas, predominando entre ellas el dolor neurálgico de cabeza, que era el más difícil de vencer. Un esfuerzo de auto-curación generalmente terminaba en una dosis de fenacetina o antipirina. Esto era seguido por el remordimiento, y una promesa a mi misma de ser más fiel a mis principios en otra ocasión; pero cuando se presentaba la otra oportunidad (¿lo confesaré?) volvía a faltar a mis principios!

En una ocasión, sentada a orillas del mar, ví a algunos muchachos irreflexivos, que se entretenían en arrojar palos al agua, y en mandar a su perro a traerlos una y otra vez, hasta que tuve que intervenir, pues el pobre animal casi no podía llegar a la playa a causa de lo cansado que estaba. El perro cansado me pareció una lección objetiva, pues encontré tanta analogía entre él y yo.

Empero, el perro procedía mejor que yo, pues él realizaba lo que se había propuesto, mientras yo, hasta aquí no lo había hecho y hasta dudaba de si algún día llegaría a hacerlo.

Sin embargo, algo dentro de mí me impelía hacia adelante a pesar de los fracasos y descorazonamientos. Ahora veo que en realidad iba avanzando todo el tiempo, aun cuando no me hallaba consciente de ello.

Aún después de haber empezado a curar a otros, tuve algunos retardos personales en mi marcha de avance. Recuerdo que en una ocasión había sufrido

toda la noche de dolores neurálgicos faciales y en consecuencia tenía todo un lado de la cara muy hinchado. Al día siguiente vino a verme una enferma y mi primer impulso fué no recibirla. Pero esto parecióme cobardía, y dominando el impulso bajé al salón, aun cuando a cada paso tenía deseos de retroceder. La enferma se fijó en la hinchazón, pero nada observó al respecto hasta mucho tiempo después. Entonces me dijo que se le había oprimido el corazón cuando contempló mi rostro, pues viéndome en este estado había dudado de que yo pudiera ayudarla; pero, aunque parezca extraño, la alivié. Le hice un tratamiento enérgico, y poco después la hinchazón de mi cara había desaparecido por completo.

Por el momento me pareció un incidente desgraciado el que hubiese venido un enfermo y me hubiera encontrado en tal situación; pero en vez de eso fué un medio para llegar a un fin, una experiencia para alcanzar un conocimiento mayor. Aun la cara hinchada tenía su significado, y ese mal aparente traía envuelto un bien.

Lo más difícil de dominar fué mi tendencia a las fiebres intermitentes, de las cuales había sufrido desde la niñez. Por algún tiempo parecía que no avanzaba en la curación de este mal, pero después me fijé que cada año me llegaba más tarde y se aliviaba más luego. Esto me dió ánimo para seguir luchando en la esperanza de que con el tiempo desaparecería por completo, y así sucedió.

Pero debo referiros un incidente curioso con respecto a la fiebre intermitente, el cual demuestra una vez más que la enfermedad está en la mente. A veces, cuando mayor era mi sufrimiento, si llegaban a verme amigas que me interesaran en especial, de manera que mi mente se despreocupara por completo de mi misma, desaparecía todo vestigio de fiebre, y de repente me encontraba libre de todo síntoma. Pero el malestar volvía tan pronto como mis amigas se retiraban y mis pensamientos se concentraban otra vez en mí misma. Se dice que la fiebre intermitente es causada por el polen que circula en el aire en cierta estación del año. No es posible que el polen hubiera sido extraído de la atmósfera en el momento en que yo atendía a mis amigas, y restituído después que ellas se fueron. Es más razonable suponer que el polen estaba ahí todo el tiempo, y que yo en ciertos estados mentales era sensible a él y en otros no; o para expresarme con más corrección: cuando tenía en la mente el pensamiento de fiebre intermitente, el polen me afectaba, pero éste era impotente si mi mente estaba preocupada en otras cosas. Así, aún cuando lo estaba respirando y se hallaba en contacto con la membrana mucosa, no podía producir en mí los mismos síntomas. Es evidente, entonces, que el polen era incapaz de producir la fiebre en mí, hasta que su representante, en la forma de un pensamiento, se introducía en mi mente.

No niego que las cosas materiales tienen el po-

der de dañarnos, pero creo que podemos admitirlas o rechazarlas, por medio de nuestros estados mentales, y por esta razón estoy convencida de que podemos llenar la mente con algo que nos haga impenetrables a la enfermedad. También estoy convencida de que si actualmente tenemos alguna enfermedad, nos podemos despojar de ella, ya sea instantánea o gradualmente, según el caso, y esto lo logramos efectuarlo, si ocupamos la mente con todo lo opuesto a enfermedad. Todos poseemos poder imaginativo, y a todos nos está dado usarlo en visualizar (1) salud. Todos hemos conocido, aunque sea por breves instantes, estados comparativos de salud perfecta, y este recuerdo es suficiente para dar forma al cuadro mental que debemos mantener en la imaginación. Ensayad esto, queridos amigos, y os sorprenderéis de ver cuanto podéis realizar.



LECCIÓN X

Algunos escritores del Nuevo Pensamiento, en sus esfuerzos por apartarse de un estado de consciencia demasiado real, respecto a las cosas materiales, se inclinan a menospreciar, o hacen caso omiso del papel que desempeña el mundo externo, en la evolución de la vida espiritual. Olvidan que es

(1) Visualizar. Diseñar con la imaginación un cuadro mental definido y claro de lo que se desea realizar. (N. del T.).

imposible se manifieste la inteligencia interna, sin el estímulo del mundo externo que nos rodea. Aislado a un niño de todo aquello que actúa sobre sus sentidos, y su vida física se extinguirá. Aislado parcialmente, y su capacidad para manifestar inteligencia, estará en proporción a ese aislamiento. Necesitamos este contacto con lo externo, para extraer aquello que está dentro de nosotros.

Como dice Emerson: «Nos encontramos delante del gran Enigma del mundo, allí donde el Ser pasa a ser apariencia, y la Unidad pasa a ser Variedad».

Ese es el punto propio para descifrar el Enigma, encontrarse allí donde el Ser pasa a ser Apariencia y ver tanto al Ser como a la Apariencia; encontrarse allí donde la Unidad pasa a ser Variedad y ver tanto a la Unidad como a la Variedad.

Ver el Ser y la Unidad solamente, o la Apariencia y la Variedad solamente, implica colocarse en un punto de vista lejano y no encontrarse presente en el momento de la revelación del Enigma.

Esta revelación se manifiesta continuamente al que afronta el Enigma, y la revelación es la evolución del estado consciente espiritual, la visión cada vez más clara del Ser al pasar a ser Apariencia, de la Unidad al pasar a ser Variedad.

He dicho ya, que la curación por medio del Mentalismo es un arte, y que, como todo arte, se halla fundamentado en la ciencia. Con esto quiero significar que la mente debe de percibir ciertas verdades

fijas e inalterables. Por ejemplo, debe ver a todo Ser como Uno, y debe también ver a ese Uno como el Continente de los Muchos, la Fuente de los Muchos, el Proyector de los Muchos.

Esta es realmente la verdad primaria o fundamental, y sobre ella se hallan basadas todas las otras verdades que atañen a la curación mental. Cuando la mente se ha apoderado de esta verdad, se encuentra apercebida para acoger otras. Empieza a ver un Todo Perfecto, un Bien Perfecto, no importa cuán imperfecta, incompleta y al parecer mala sea la Apariencia.

Se os pide, como estudiante de Ciencia Mental, que percibáis que Todo es Bueno, pero objetáis: ¿Cómo puedo yo hacer eso cuando veo que una parte de este Todo es Malo? Pero permitidme explicar como es esto: ¿No podéis imaginaros una condición de luz blanca y pura, en la cual no haya la más ligera sombra? Naturalmente que esta es la «luz que nunca resplandeció sobre tierra o mar», pues en el momento en que se manifiesta en el mundo externo, y brilla sobre la tierra y sobre el mar se divide en luz y oscuridad. La oscuridad se asemeja a la maldad, y es en realidad el símbolo del mal, pero es sólo una separación temporal de la luz blanca y pura, sin sombra, al salir de su estado prenatal de Ser. Al manifestarse en este mundo se convierte en luz y oscuridad, es decir, la luz contiene la sombra, y muchas veces es una sombra muy obscura. A menudo la luz parece estar casi absorbida

por la densidad sombría, pero la luz resplandece eternamente hasta llegar al día perfecto. La transición de la obscuridad a la luz es la imagen de la evolución del individuo; de las tinieblas de la ignorancia a la luz de la inteligencia, de la obscuridad del odio a la luz del amor, de la sombra de la desesperación a la luz de la esperanza, de la lóbreguez del pesar a la luz de la alegría.

Para alcanzar el estado de consciencia del cual nace el poder curativo, es necesario que percibáis, sintáis y sepáis que esto es verdadero. Entonces, el actuar de acuerdo con esa convicción, fortalece ese estado, y lo hace permanente. Es indispensable *vivir* la vida. Y en esto, y en el actuar y proyectar la luz, consiste el Arte de la terapéutica mental.

Y es tan arte como lo es la Música o la Pintura, y al igual de ellas, pone en juego la Emoción, la Idealidad, la Imaginación y ese maravilloso rasgo de transcendente genio que escapa a toda definición, esa inspiración que tiene su origen en el Gran Manantial.

Se dice que la verdad cura, y una se siente inclinada a preguntár: «¿Qué es la Verdad?» Si os digo que un todo es la suma de sus partes, os digo una Verdad; pero me atrevo a decir que eso no os curará. Una afirmación fría y matemática, jamás curó a nadie. Antes de que esa afirmación os pueda curar, debo hacer algo con ella. ¿Y qué debo hacer? Debo dejar que mi pensamiento, mi imaginación y mi sentimiento se concentren sobre ella, hasta que os vea como una de las partes del Todo, hasta que os vea

dentro de ese Todo, y no fuera de él. Puesto que estáis dentro de él, os veo como una parte, pero no como una parte separada, más bien, como si dijéramos, como un dedo que forma parte de la mano.

Contemplad vuestra mano, con los dedos extendidos y la palma vuelta hacia arriba, y veréis lo que quiero decir. La palma se diverge o separa en forma de dedos, de manera muy análoga al Todo cuando se separa para efectuar sus manifestaciones externas. Vosotros sois, por decirlo así, el dedo de la mano del Ser, y su vida es vuestra vida. El Todo es la suma de sus partes, por lo tanto, veo a todo ser viviente como una proyección del Todo, como una parte del Todo, y recibiendo la vida del Todo.

Cuando percibo esto con claridad, ello me produce como un gran flujo, por decirlo así, de vida, y es esa vida la que efectúa la curación, y no los huesos muertos o el mero esqueleto de una como declaración anatómica de verdad. Mi afirmación entonces es: El Todo Vitalizador es la suma de sus partes vivas. La ciencia es, de este modo, infundida por el aliento vivo del Arte. Lo que efectúa la curación es la Verdad Viva, pero para alcanzarla, debemos hacer uso de la Ciencia como peldaño. Por medios mecánicos, convertimos en un todo homogéneo, el cáliz para nuestro Santo Graal (1).

(1) Según la leyenda, el Santo Graal o Sangreal era la copa o cáliz en que Jesús bebió la noche de la Santa Cena. Lo llevó a Inglaterra José de Arimatea y fué, andando el tiempo, objeto de reverente culto y piadosas peregrinaciones, mientras estuvo en poder de los descendientes del compasivo varón

Hay una verdad superior todavía, que está basada sobre lo que os acabo de dar. Es esta: El Todo no solamente es la suma de sus partes, sino sus partes son él. Cuando vuestro desarrollo llegue al punto en que os sea posible percibir eso, habréis alcanzado la verdad más elevada, tan elevada que muchos se ofuscan ante ella, y no quieren, no se atreven a verla como es. Pero no hay apuro. Vuestra percepción de la Verdad, al ir en escala ascendente, salvará el obstáculo, y a su debido tiempo tendréis consciencia de ella en toda su grandeza.

Día llegará, si es que no ha llegado, en que os veréis cual si procedierais continuamente del Padre. Es en este sentido que sois hijos de Dios, y no en el sentido del que imagina el cuerpo del hijo, separado del cuerpo del Padre. El océano es el padre del puerto o caleta que de él se forma, y el sol es el padre del rayo de luz. El océano da de sí mismo ese puerto o caleta, y el sol emite su rayo. Es de esta manera cómo Dios, el Padre, mediante continua emanación, se da a Sí Mismo, en sus hijos. Lo único que puede interrumpir esta armonía, es el que nosotros no reconozcamos esta verdad. Estamos sólo parcialmente despiertos, respecto al conocimiento de nosotros mismos, pero tenemos que despertar

judío. Los depositarios del Santo Graal habían de ser castos y puros de pensamiento, palabra y acción; pero como uno de ellos quebrantara el voto, desapareció misteriosamente el sagrado cáliz. Desde entonces fué predilecta empresa de los caballeros de la corte del rey Arturo de Inglaterra, ir en busca y rescatar del Santo Graal.—Nota de Jaime Russell Lowell.

muy luego a un conocimiento mayor, y este despertar nos proporcionará un mayor caudal de vida.

No somos independientes del contacto externo del mundo que nos rodea. Los seres humanos, las circunstancias y todas las cosas están, por decirlo así, tocando continuamente los botones eléctricos que hacen que la luz interna se proyecte al exterior. Si no fuera por esto, Dios no se revelaría entre los hombres. La Divinidad no podría manifestarse en Humanidad.

Vosotros deseáis aprender terapéutica mental, y con ese fin estudiáis curso tras curso de lecciones sobre ese tema. Cumplís con instrucciones definidas, y repasáis vuestras negaciones y afirmaciones una y otra vez, hasta sentir como si vuestra mente fuera un molino de sangre, y vosotros las cansadas creaturas que estáis haciéndolo dar vueltas y más vueltas. ¿Obtenéis con ello algún resultado? Nó. Y, ¿cómo podríais alcanzarlo en esa forma? ¿Encontráis acaso que esa es la manera adecuada para aprender a curar mediante el mentalismo? Nó, seguramente.

Charles Brodie Patterson hace con mucho acierto esta pregunta: «¿El Movimiento Metafísico ha encontrado su propia alma»? Yo contesto positivamente: Nó. El movimiento metafísico encontrará su alma, cuando sus maestros y adherentes encuentren la propia, y no antes.

Y, ¿qué entiendo yo por alma? Bien, tal vez pueda definirlo mejor diciendo qué cosa no es el alma, o más bien dicho, dónde no está. La ciencia, no tiene

alma; la Mecánica, no tiene alma; el Comercio, no tiene alma; las Matemáticas, la Química, la Astronomía, tampoco tienen alma: sólo el intelecto basta para dominarlas. Podría infundírseles alma, naturalmente, pero en sí mismas son susceptibles de existir sin alma, en forma de mera actividad mental.

Ahora bien, aunque no podamos definir lo que es el alma, todos sabemos que es algo más elevado y mejor que la mera acción mental. Es el alma en el hombre la que le permite hacer a un lado sus intereses personales y vivir para el bien de la humanidad. Es el alma en el hombre la que lo mueve a decir la verdad a su prójimo, y ser honrado con él en sus relaciones comerciales. Es el alma en el hombre, la que permitiéndole percibir la Verdad, hace que también ésta le conmueva y exalte. Es el alma en el hombre, la que transmite al mundo una corriente de amor curativo. Es el alma en el hombre, la que procura no solamente ver el Ideal, sino también vivir de acuerdo con él. El alma es todo esto, y más, mucho más que todo lo que yo o cualquiera otra persona pudiera expresar.

Considerad los maravillosos resultados que, con respecto a curaciones, ha obtenido la Asociación de la Plegaria del Mediodía, establecida en la calle Fulton, en la ciudad de Nueva York. Ignoro si existirá todavía, pero años atrás tuve conocimiento de ella y de las sorprendentes curaciones que se efectuaban mediante el poder de la oración. Eran plegarias sencillas, sin duda, quizás llena de faltas gramaticales

por razón de la escasa instrucción de aquellos que las pronunciaban, probablemente las afirmaciones mentales de unificación con el Todo, eran confusas y poco científicas, de modo que ellas habrían sido objeto del más profundo desprecio, de parte de nuestros metafísicos modernos; pero las oraciones daban resultados prácticos, ¿y por qué? Porque ellas estaban vitalizadas por el *alma*.

Deseo simplificar esta labor de la terapéutica mental. Relacionada con ella, hay indudablemente una profunda filosofía, que pueden dedicarse a estudiar, aquellos que tengan el tiempo y la aptitud requerida; pero yo opino que todo estudiante, ya sea que haga un estudio limitado o extenso acerca de este asunto, necesita apoyarse en una verdad fundamental. Esta verdad es la que constantemente estoy tratando de presentar de una u otra manera, con mi idea de «un centro irradiante» de Vida y Ser, Centro del cual, vosotros, y yo, y todas las cosas procedemos. He meditado y me he concentrado tanto tiempo sobre este pensamiento, que puedo sentir realmente este gran Centro de Energía, en el fondo de todo lo que digo, pienso, siento o hago. A veces, cuando recibo una carta de un enfermo en que me pide consejos sobre alguna situación difícil, se me ocurre que no podré decirle nada que le sea útil; pero empiezo la carta; escribo los preliminares corrientes de fecha y dirección; y despues, por un instante, mi mente queda en blanco; esto es seguido por una corriente de pensamiento, a propósito para el caso, la

cual es sancionada por mi razón como lo mejor para quien me consulta; la difícil situación del enfermo, toca, por decirlo así, el botón eléctrico en mi mente, y la demanda corre veloz a lo largo de la línea que conduce al centro; en contestación a esta demanda la provisión fluye desde el centro.

Creo en el poder de las palabras o afirmaciones. Ellas también tocan el botón, y extraen la corriente del centro, llevándola a la circunferencia; pero las palabras y la fórmula, en fuerza de repetirse, pueden perder su significado. Al repetir una fórmula en el silencio, (1) no deberéis hacerlo mecánicamente; más bien empleadla como tema de meditación.

(1) El «Silencio» es un ejercicio de meditación y concentración, practicado por todo Cientista Mental, aun cuando no se dedique a la curación de las enfermedades. Tiene su origen en el significado espiritual de las palabras de Cristo: «Entra en tu cámara, y cerrada tu puerta, ora a tu Padre que está en lo escondido».

Todo culto externo es tan sólo la preparación para el culto interno por medio de la meditación, la cual a su vez culmina en la Divina Comunión. La meditación es el paso más importante en la senda del progreso espiritual. El «Silencio», debe practicarse diariamente en un lugar tranquilo y si es posible, a la misma hora; se efectúa en esta forma: Elegid un local y hora apropiados, para no ser interrumpido. Sentaos cómodamente o acostaos de espaldas, sin almohada, con la musculatura completamente relajada, *sin tensión*, (preferimos recomendar la posición de espaldas, por quedar en mejor condición para que la musculatura no esté en tensión). Cerrad los ojos con naturalidad y respirad rítmica (contad cuatro al inhalar, cuatro para retener y ocho para exhalar) y profundamente por cinco minutos; en seguida, siempre con los ojos cerrados, y dirigiendo vuestra petición al Ego o Ser Real, dentro de vos mismo, pedid que os haga receptivo a la influencia de su Amor y Sabiduría. O, concentrad vuestra mente sobre este pensamiento. «Soy un centro irradiante de Vida», al mismo tiempo que visualizáis vuestro plexo solar (boca del estómago) como un sol cuyos rayos de Vida se esparcen en todas direcciones, saturando de salud todo vuestro organismo. Des-

Ultimamente ha habido mucha discusión, acerca de si es el Dr. en Ciencia Mental, quien sana al paciente, o si es el enfermo quien se sana a sí mismo. Mi respuesta es bastante sencilla: El paciente es puesto en comunicación con la misma fuente de vida a la cual está unido el Dr., pero el paciente no sabe como tocar el botón de modo, de establecer la corriente, y el Dr. lo hace por él.

Toda vida se desenvuelve desde el interior, y todo individuo debe extraer de sí mismo su propia salud, su propia prosperidad, y su propia felicidad. Pero, al mismo tiempo que ocurre este desenvolvimiento interno, el individuo experimenta el influjo de agentes externos. De otra manera el crecimiento sería imposible. La pobreza, la enfermedad, y la mala suerte, no son otra cosa que llamamientos para que el Poder Interno se manifieste, y es en este sentido, que son buenas.

Elbert Hubbard dice: «Todos somos niños en el Kindergarten de Dios». Sí, todos somos creaturas

pués de haber meditado sobre esta frase (más o menos por quince minutos) poneos en actitud receptiva para el Bien del mundo exterior, como lo habéis estado para el del Bien interno, meditando sobre este pensamiento: «Soy uno con el Espíritu Infinito de Vida».

Este ejercicio requiere por todo de veinte a treinta minutos, o más si sentís la necesidad de ello. Los pensamientos expresados, tienen por objeto aumentar la energía vital en el organismo, pero pueden ser sustituidos por otros según la necesidad individual. Por ejemplo: si os sentís descontento y apenado, el tema de meditación debe ser: «Soy un centro irradiante de Alegría» y «Soy uno con el Espíritu Infinito de Alegría», etc.

No hay ningún dolor físico, mental o moral, que no pueda ser desterrado mediante esta media hora de Silencio.—(N. del T.).

que nos desarrollamos en el Gimnasio de Dios, fortaleciendo nuestro músculo espiritual en la barra de las circunstancias.

A medida que mantengáis la idea que os he dado respecto a vuestro centro irradiante, centro de donde procede vuestro conocimiento, poco a poco, iréis saliendo de vuestro actual estado de consciencia, y os vendrá un conocimiento mayor de lo que Sois. Este nuevo estado de consciencia, hará que sintáis dentro de vosotros tanta limpieza, bienestar y frescura, que ello os producirá un efecto semejante al que se experimenta cuando abandonamos una casa húmeda, vieja y ruinoso, para ocupar otra nueva, fresca y llena de aire y sol. Y seguiréis así, de un estado de consciencia a otro, siendo el último mejor que el anterior, de la misma manera que ocuparíais mejores y mejores casas a medida que fuerais mejorando de fortuna. Es difícil comprendáis que estos cambios os están reservados; pero lo están. Estos cambios se producirán en mí, y en otros, y en vos también, querido lector.

El Apóstol Pablo sabía muy bien lo que decía cuando dijo: «Otra vez os digo, regocijaos». El *no* dijo: «Regocijaos cuando suceda algo que os cause placer». Nó, porque en ese caso no necesitaríais el mandato. Nadie ha menester se le diga que se regocige cuando todo marcha bien, y cuando el corazón rebosa alegría. Entonces, ¿por qué el mandato? Bien, Pablo era un hombre ilustrado y probablemente comprendía la metafísica. Esta era ya cono-

cida en aquella época, y en el Nuevo Testamento, encontraréis la metafísica más elevada. Pablo era un hombre sincero. El no sólo predicaba, sino que vivía de acuerdo con sus enseñanzas, y sabía perfectamente bien que uno puede sentir regocijo cuando no hay ningún motivo para estar alegre. El lo sabía, y yo también lo sé, porque lo he ensayado i he obtenido éxito. Si los mártires podían sonreír y cantar cuando estaban en calderos llenos de aceite hirviendo, con mayor motivo, nosotros, en medio de pruebas menores, podremos regocijarnos.

Empezad hoy mismo a deciros: «Me regocijaré; me regocijo». El primer esfuerzo quizá os resulte un fracaso, como sucede por lo general con todos los primeros esfuerzos; pero no desmayéis por esto. Día tras día declarad que os regocijais, y despues de algún tiempo lo diréis con el poder suficiente para hacer que afluya a vosotros, un torrente de alegría que inundará vuestro ser. El tiempo más propicio para poner esto en práctica, es cuando todo os parezca muy oscuro, y os sintáis muy desgraciados. Entonces tocad el botón que transmite el llamado al centro irradiante, centro de Vida pura y alegre. De esta manera se abre el camino para que la alegría se derrame sobre vuestra mente, y ella viene.

La Vedanta tiene la hermosa enseñanza de que la Consciencia Divina que es sinónimo de Ser o Vida, es Suprema Alegría, y creo que esta es una verdad absoluta. Mi razón me lo dice; lo siento in-

tuitivamente, y la he convertido en una hipótesis práctica.

El Swami (Maestro) Abhedananda, en su libro «La Senda de la Vida Santa», dice: «La Vida Verdadera, la Vida del Ser, o la Santidad, no está circunscrita al tiempo ni al espacio, ni atada por condiciones de ninguna especie. No está sujeta a las leyes del fenómeno. Es independiente y perfecta, mientras que la vida aparente depende de las leyes que gobiernan el mundo del fenómeno, y está limitada por el tiempo y por el espacio. La Vida Verdadera, o del Ser Real, no necesita ninguna ayuda del exterior. No requiere nada fuera de sí misma. Confía en sí misma, se basta a sí misma, y existe por sí misma; mientras que la vida aparente, que es un reflejo imperfecto de la Vida Verdadera, depende de las condiciones del medio ambiente, y representa muy imperfectamente todas aquellas cualidades elevadas del Ser Real.

La falta de Santidad consiste en la idea de separatividad de la parte del conjunto, y de la esclavitud de otras imperfecciones que nacen de esta idea errónea de aislamiento individual. Estar unido al Todo, estar libre de la esclavitud de estas imperfecciones, y ser perfecto, constituyen la Santidad. Cada germen individual de vida, la cual ya hemos denominado la vida aparente, posee una tendencia innata hacia la adquisición de esta Santidad y hacia la independencia de las condiciones contrarias a ella. Nuestra vida terrestre consiste en una batalla

continua con el medio ambiente que nos ha impedido el poder alcanzar la Verdad Divina o Vida Santa. Estamos constantemente esforzándonos por ensanchar la esfera del amor de sí mismo, demoliendo, por decirlo así, los muros de limitación que cercan la vida aparente en un estrecho egoísmo, y procurando de este modo, unificarnos con la Vida Verdadera de la Perfección».

Existe en vosotros la tendencia innata hacia la adquisición de la Santidad. Existe en vosotros esta Vida Verdadera de Dicha y Santidad, la cual es llamada a manifestarse cuando se toca el botón en la «vida aparente». En esta Vida Verdadera no hay enfermedad ni desgracia; éstas son sólo sombras de la «vida aparente», y cuando se manifiesta la Vida Verdadera, las sombras desaparecen.



LECCION XI

Existen bastantes fenómenos genuinos ocultos, para convencerme sin lugar a duda de que hay una Fuerza Suprema, capaz de amoldar la llamada materia, de una infinidad de maneras desconocidas, hasta aquí, por el hombre. El espíritu, todopoderoso, inmortal e indestructible, que edifica para sí estos cuerpos nuestros se preocupa de que ellos sean reconstituídos, hermoseados, purificados, y se hagan plásticos a la influencia de ese Espíritu que es, en sí

mismo, Alegría, Salud, Perfección, Plenitud, Armonía, Hermosura, Fuerza, y en fin, mucho más que todo lo que nuestros ideales actuales puedan abarcar. Apenas vislumbramos la gloria que ha de revelarse dentro de nosotros; y, sin embargo, esa visión, débil como es, basta para llevarnos hacia adelante, siempre adelante por el sendero que conduce a la realización de los ideales.

Este sendero, ¿parece interminable, duro y sombrío, para el agobiado por las enfermedades físicas y morales? Seguramente que así es; pero creedme, querido lector, tal sendero es más corto, menos accidentado y más alegre, de lo que pensáis. La Ilusión del Mundo, cubre vuestros ojos, de manera que no podéis ver; sujeta vuestros pies y vuestras manos de modo que no podéis utilizarlos.

Os habéis dejado auto-hipnotizar por esta Ilusión, en tanto que la Verdad, aguarda para libertaros.

Desearía que hubierais presenciado conmigo, algunos maravillosos experimentos de integración y desintegración de la materia, hechos por un Adepto del Thibet, pues entonces comprenderíais mejor, en qué fundo mi esperanza para la humanidad, y sabríais conmigo, que el hombre, bajo el influjo de un auto-hipnotismo, mantiene a sus átomos en un estado débil y enfermizo. Una vez libertado de esta influencia, el Espíritu al instante modelaría todo a su imagen verdadera, sana y hermosa.

El Espíritu puede despertaros de este sueño si confiáis en El, y podéis confiar en El, puesto que es

Amor, y como sabéis el Amor no nos traiciona jamás.

Entrad al Silencio, y pedidle al Espíritu que os despierte de este sueño. El Espíritu es la Inteligencia misma, y os escuchará. Es Amor, y responderá a vuestro llamamiento.

Relajad por completo vuestra musculatura, y decid: «Desecho toda creencia con respecto a mí mismo y a mis condiciones presentes. Soy plástico a la influencia del Espíritu. Que El me modele a su voluntad».

Vuestro primer esfuerzo en este sentido, puede que no os dé grandes resultados, pero significará algo, pues empezará a soltar vuestras ligaduras, y un esfuerzo persistente os libertará por completo.

A nadie le ha sido concedida una mayor cantidad de poder del Espíritu, que la que podéis obtener vosotros, aún cuando algunos hayan podido demostrarlo más que otros; y aquellos que lo han realizado, pueden ayudaros mediante sus vibraciones mentales y espirituales.

Como dije en una lección anterior, no sois independientes del contacto del mundo externo que os rodea, pues otros seres, y las circunstancias, sirven para que el Espíritu, que está dentro de vosotros, se proyecte al exterior. Otros no os dan el Espíritu, porque no es de ellos para darlo, puesto que está a la disposición de todos. Es tan vuestro como de todos los demás.

Si yo voy a vuestra casa y toco la campañilla, es

un llamado para que os presentéis, y si estáis ahí y deseáis verme, así lo hacéis.

El Espíritu siempre está en casa, y deseoso de presentarse. Está siempre procurando manifestarse al exterior.

Algunas personas os hacen sentir un aumento de vida. ¿Sabéis por qué es esto? Tienen el poder sutil, de hacer que el Espíritu que reside dentro de vosotros se exteriorice. Aquellas son las personas con quienes os conviene relacionaros. Os hacen bien, y os ayudan a adquirir salud y felicidad. Esto no quiere decir, que debáis apoyaros en otros, o que otros hayan, como si dijéramos, de vivir vuestra propia vida. Sólo quiere decir que la vida es recíproca, y que ningún hombre vive sólo para sí mismo.

Los que piensan y hablan con mayor erudición, no son, por lo general, los que pueden ayudaros más. Son los que han sufrido como vos estáis sufriendo ahora, los capaces de sentir profundamente, los que pueden ponerse en vuestro lugar, los que os envían la corriente benéfica de su amor, los que con ojos de verdadera sabiduría ven la manera de que salgáis de todo este sufrimiento, esos, y no otros son los que pueden ayudaros poderosamente.

Recibo muchas quejas de personas que han estudiado Ciencia Mental durante años enteros sin resultado alguno. Al investigar el motivo, generalmente encuentro que estas personas se han estado preocupando de una cantidad de asuntos que no son esenciales. Han estado tratando de averiguar si la reen

carnación es un hecho o no, y procurando establecer la distinción entre términos tales como Alma y Espíritu, o Espíritu y Ser, o Ser y No-Ser; con el resultado, de que mientras el intelecto se encuentra anormalmente activo, la salud y la felicidad están en decadencia.

En realidad, la mente bien puede preocuparse en esta forma para siempre, sin llegar a acercarse a la verdad que en realidad busca, como generadora de vida más abundante y feliz. Esto lo sé por experiencia personal, pues yo misma durante algunos años anduve vagando entre detalles, sin lograr apoderarme de alguna verdad fundamental y sobre ella organizar una vida nueva. En un tiempo creí que debería alcanzar la aptitud de distinguir los diferentes elementos en el plano astral, antes de hacerme capaz de crear en ese plano; pero ahora sé que esto no es indispensable: lo esencial es ponerse en armonía con el Espíritu, comprender vuestra unidad con El, y sentir su influencia sobre vuestros deseos y acciones. Estas son la felicidad y la salud en sí mismas.

Esto constituye la salud y la felicidad siempre ascendentes, y una vez establecidas tales condiciones, podéis preocuparos de pormenores si así lo deseáis y estudiar los problemas de la vida con detenimiento, pues vuestra mente descansa ya sobre una base sólida, un apoyo en donde podáis fijar, digámoslo así, vuestra palanca.

«Para el caso, es indiferente que designéis al Po-

der Supremo por el nombre de Brahma, Zeus, o Dios: percibir su Unidad constituye el primer paso en el Ocultismo.»

Es también el primer paso en el sendero que conduce a la salud de la mente y del cuerpo, pues ese es un sendero del Ocultismo, puesto que el camino está oculto, y sólo puede ser revelado a aquel que busca una alianza con las fuerzas ocultas.

La fusión de la voluntad personal con la voluntad del Espíritu, constituye también un paso. Es el abandonar un poder inferior para adquirir uno mayor. El error de muchos consiste en suponer que esto conduce a la privación y al dolor. Por el contrario, nos aparta de ambos, y nos lleva a la plenitud de la paz y de la salud.

Hace varios años llegué al punto de mi desarrollo en que me fué dable decir desde lo más profundo de mi ser: «En adelante, mi voluntad será una con la del Espíritu, y no admitiré otro guía».

Esto me inundó instantáneamente de Paz. Pero este estado no era de estagnación, o inacción, sino de aquella Paz que significa una actividad basada sobre un estado de reposo y armonía y procedente de ambos.

Ahora, daré término a estas lecciones, no porque haya dicho la última palabra sobre el asunto, sino porque ya he dicho lo suficiente, para completar esta serie.

En esta obra, he procurado indicaros un camino corto para obtener lo que deseáis alcanzar, en vez de indicaros el camino en detalle, y al hacerlo, queridos lectores, mi corazón y mi alma están con vosotros. Que encontréis, y percibáis en toda su plenitud.

«LA VIDA SANTA»



ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
PRÓLOGO.	3
LA CURACION DE LAS ENFERMEDADES MEDIAN- TE EL PODER DEL PENSAMIENTO:	
Lección I.	5
Lección II	17
Lección III	28
Lección IV.	38
Lección V	46
Lección VI.	53
Lección VII.	61
Lección VIII.	75
Lección IX.	81
Lección X.	89
Lección XI.	103